COMINGE PERSEGUIDO

Ó SEA

LOS AMORES DEL CONDE DE COMINGE.

SEGUNDA PARTE.

DRAMA

ORIGINAL EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

tomado el argumento de las Memorias de su vida, que escribió el mismo.

POR

N. N.



BARCELONA: AÑO DE 1820.

IMPRENTA DE JOSÉ TORNER, CALLE DE CAPELLANS.

Véndese en la librería de Estivill.

ACTORES.

Cominge, padre.
Cominge, hijo.
Orviñi.
Marques de Benavides.
Fabricio.
D. Geronimo.
Adelayda.
Luisa.
Lorenzo.
Donville.
Dos Criados.

ACTO I.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa lo interior de una carcel, que solo recibe luz de una pequeña reja que estará al lado izquierdo. Aparece el Conde de Cominge sentado en un poyo leyendo una carta.

Com. "Sé la afrentosa situacion en "que os hallais, y para sacaros de "ella, no encuentro sino un medio "que tal vez os hará mas desgra- "ciado: pero yo lo seré tanto como "vos. Quieren privarme aun de la "lisongera esperanza de ser vues- "tra, obligándome á dar mi mano "al Marques de Benavides, con "quien dentro pocos dias me ha- "llaré casada. A este precio Mr. "de Cominge concede vuestra li- "bertad. Yo voy á ser desgraciada "con este matrimonio. Sed vos fe- "liz."

Feliz Cominge! y Adelayda entregada á agenos brazos! Adelayda faltará á la fé prometida! No; es imposible... Áh padre cruel! Padre inhumano! ¿Es posible que llegue à tanto extremo vustro rigor? Gozaos enhorabuena en que viva eternamente encerrado en esta obscura prision... pero no me martirizeis con tal género de tormentos.

Pausa y levántase agitado.

Yo romperé estas fatales cadenas.... yo correré á libertar á Adelayda del funesto sacrificio á que la obligan: pero si acaso ha pronunciado ya el terrible juramento, si ya el Marques goza los placeres que el amor tenia destinados para mí; yo arrancaré el corazon del funesto rival que interrumpió nuestra dicha... su villana sangre derramada sobre el tálamo nupcial, serà el triste preludio de mi venganza, y el horrible fruto del rigor paterno. La misma Adelayda... no, ella está inocente... Yo la veo anegada en llanto, maldiciendo el encono de nuestras familias, consagrando á mi memoria los abrasados suspiros de su corazon... Los bárbaros la arrastran al pie de los Altares... El si falta ya se ha asomado à sus labios... no... detente, querida Marquesita, no sea otro mas dichoso que el desgraciado Comin-

ge... Acuérdate de aquel feliz instante en que te declaré la amorosa pasion que fomentaba en mi pechó... no olvides aquellas dulces promesas que llenaron mi alma de alegria... el costoso sacrificio que te hice de los papeles de tu ruina... las reprehensiones que tuve que sufrir... la ira de mi Padre, el estado en que me encuentro... pero... Ah! bien conozco que me amas: tu vas á sacrificarte para romper mis cadenas; si, lo conozco, y me lo anuncia mi corazon... perdona, dulce amor mio, la ofensa que te hice en imaginarte desleal, y cree que Cominge, el desgraciado Cominge llevará consigo tu memoria hasta el sepulcro. *Cae desmayado.*

ESCENA SEGUNDA.

Dicho, y Donville que abre la puerta de la izquierda trae una cesta en la mano.

Donv. Aqui está la comida. Pero, que miro! señor... señor... una carta en el suelo... que será...? voy á verlo... *Lee para si.*

Com. Ay de mi! en que abismo me *Volviendo en si.* he sumergido... Donville leyendo... si será la carta que acabo de recibir?.. Donville, que carta es esta?

Donv. Ah señor!.. os hallais mas aliviado? Cuanto os compadezco!

Com. Tu me compadeces? Ah! si supieras cuan digno soy de que todos me compadezcan!

Donv. No lo ignoro... Esta carta me ha enterado de la causa de vuestro dolor, y me ha enternecido en estremo vuestra deplorable situacion.

Com. Esta carta... Dámela por Dios... ella será mi único consuelo.

Donv. Señor, no os abatais de esta suerte. La divina Providencia vela sin cesar sobre los infelices, y esperad en ella que lograreis consuelo en tantas adversidades.

Com. Donville si es que me compade- *Resuelto.* ces, hazme un pequeño favor: yo te lo suplico.

Donv. Vos me confundis; esplicaos.

Com. Prometes favorecerme?

Donv. En cuanto pueda contad conmigo: deseo serviros y haré por vos todos los esfuerzos que me sean dables. Conozco que vuestro padre es muy rígido para vos: que son severos sus procedimientos... Me arrepiento de haber sido cómplice en sus delirios, y de haberme sujetado á sus órdenes... Miradme á vuestros pies y perdonadme... He sido demasiado cruel por vos; pero vuestra generosidad olvidará todo lo pasado.

Com. Levantate, no agraves mas mi dolor. Cuanto necesito en este instante, de un sincero amigo.

Donv. En mi lo habeis ancontrádo joven generoso. Exigid de mi los mayores sacrificios. Disponed de mi persona, y de mi vida.

Com. Ya ves el contenido de esta carta: ya sabes mi amor á Adelayda... Ella vá á unirse para siempre con el Marques de Benavides... No hay remedio... Es menester que por solo el término de ocho dias me permitas ausentarme de esta *Donville se conmueve.* prision. Te conmueves? No intento huir... no temas... despues de ocho dias volveré yo mismo á encerrarme para siempre entre estas lóbregas paredes, donde venga la muerte áponer fin á mis desgracias.

Donv. Pero vuestro Padre...

Com. Qué? aun me privará del consuelo de ir á dar el último á Dios á mi querida Adelayda? Padre cruel! Los brutos se complacen en el amor de sus hijos, y vuestro corazon empedernido me priva del consuelo de amar y ser amado ...

Donv. Cuanto me compadece! alentaos

virtuoso joven... yo os favorecoré.

Com. Me favorecerás? Cuanto te lo *volviéndose á reanimar.* agradezco!

Donv. No temo la ira de vuestro padre... mi corazon animado de un estraordinario impulso me obliga á condescender á vuestras súplicas.

Com. En fin, veré á Adelayda?

Donv. Si la vereis. El cielo protegerá vuestras puras intenciones. Mas permitid que yo os acompañe en este viage.

Com. Tendré en ello una particular complacencia. Corramos Donville... aun tal vez llegarémos á tiempo... renovaré á Adelayda el eterno amor que la juré... y despues... Ah...! despues espiraré á sus plantas.

Llorando con la mayor amargura.

Donv. Ánimo, señor mio, alentaos..-. yo confio que vuestra suerte mudará de semblante: pero decidme ¿de que modo ha llegado á vuestras manos esta carta?

Com. Cayó por esta reja atada con una piedra... no se que mano la habrá arrojado.

Douv. En efecto, ahora entiendo lo que era un misterio para mi. Dias hace qne dá qué sospeehar á vuestro padre un desconocido que embozado pasea continuamente los alrededores de este Castillo. Tal vez será algun criado de Adelayda, y el mismo habrà sido el portador de esta carta por órden suya.

Comi. Un criado de Adelayda! si me *Conmovido.* fuese posible hablar con él ...!

Donv. Lo creo muy dificil... ya habrá marchado.

Com. Esta carta... ó Dios! la fecha es *Mirando la carta.* del dia 7 ya estamos en el 24... no hay duda... Benavides es ya esposo de Adelayda... Benavides feliz y yo *Paseándose como fuera de si.* desgraciado. Adelayda faltar á la fé prometida á Cominge!.. No lo creo... Benavides la habrá seducido!.. tiembla cruel, tiembla mi furor: yo sabré vengarme... Corramos Donville, no nos detengamos mas.

Coje á Donville por el brazo, y al salir de la escena precipitados, sale el padre de Cominge; quedan confusos y se detienen.

ESCENA TERCERA.

Cominge, Padre y dichos.

Pad. ¿Donde vais tan precipitados?

Com. Mi padre!..

Donv. El Conde!..

Pad. ¿Os turbais? Ya penetro vuestros intentos, pero no temais. Donville déjanos solos.

Donv. Señor ved que...

Pad. Calla y obedece.

Donv. Infeliz joven!

Apartase y vase.

ESCENA CUARTA.

Cominge padre y Cominge hijo.

Pad. Hijo mio, escuchame por un instante, y despues decide si verdaderamente me intereso por tu felicidad. Cuando una pasion amorosa llega á apoderarse del corazon causa en el tan funestos estragos; que es preciso toda la prudencia del padre, para reprimir los ímpetus violentos de su furor. Al prudente facultativo no le arredran los ayes lastimeros del paciente, que sufre el rigor del instrumento doloroso, por que conoce que al sufrimiento deberá la salud y la vida: asi yo severo é inflexible, te encerré en esta cárcel, como merecia tu obstinacion, y no me lastimó tu destino, porque conocí que á las penas sucederia la enmienda y el reconocimiento de ti mismo. He pasado á tus ojos por tirano, no lo dudo, pero el tiempo y la

esperiencia te harán ver que todas mis acciones han sido hijas de la mas refinada prudencia. En vano suplicó tu madre por tu libertad, tus ruegos fueron inutiles, todavia era muy reciente la ofensa que hiciste á tu padre, entregando á las llamas los papeles que justificaban nuestra pretension: pero á pesar de todas las intrigas el Marques de Luzan perdió su pleyto. Las advertencias, los consejos, y el perdon que te ofrecia un padre amoroso, no llegaron á ablandar tu obstinado corazon; hasta en el seno de esta horrenda cárcel recibes las noticias de tu amante... Si, me consta, y ya el criado medianero de vuestros amores iba á esperimentar mi justo rigor, si tu madre, esta sensible madre, en cuyo pecho tu desordenada conducta nunca pudo estinguir los suaves afectos de ternura, no me hubiese enviado en esta carta el antídoto de tus males, y el fin de tu sufrimiento: Léela hijo mio, ármate de valor, y ven á descansar en el seno de un padre, que nada tiene mas sagrado que su honor y tu felicidad.

Cominge, trémulo recibe la carta, la lee, y dice con fuerte exclamacion.

Com. Ó Dios mio!

Corre á echarse en la silla.

Pad. Inmediatamente he dádo libertad al criado, y ahora vengo á dartela á ti... Si hubieras obedecido á tu Padre, no hubieras sido infeliz.

Com. Y ¿es cierto que Adelayda se
Volviendo apresurado á su padre.
ha casado?

Pad. Aun lo dudas? *Con furia.*

Com. Ingrata!... *A media voz.*

Pad. Anímate, olvida para siempre este amor que te ha hecho tan desgraciado... Cree á un padre que te ama.

Com. Ah! si me amarais no os com-
Desesperado.
placeriais en verme padecer.

Pad. Tu tienes la culpa de ello. Olvida á Adelayda, y serás dichoso.

Com. No, jamas la olvidaré... Nací para ella, y seré suyo eternamente.

Pad. Cuando ella ha sido una infiel para ti...

Com. ¡Adelayda infiel!... Miente quien
Con fuerza.
lo dice... Perdonad...
Volviendo en si, con sumision.

Pad. Tu delirio te hace proferir en semejantes espresiones. La Marquesita de Luzan, se halla casada con el Marques de Benavides... son inútiles tus esperanzas.

Com. No me atormenteis mas con semejantes recuerdos. *Con emocion.*

Pad. En fin, hijo mio, te concedo la libertad, con la esperanza de que reconocerás tu dever, y olvidarás tus desvaríos.

Com. Creeis hacerme mucho favor en darme la libertad. Un veneno, un puñal seria para mi un don mas apreciable... no os lo agradezco.... yo moriré víctima de vuestro rigor, pero ántes mi corazon oprimido dará al mundo una idea del amor mas puro, satisfaciendo mi venganza con la sangre... infelices! temblad.

Pad. El dolor te hace delirar... pero ya estás libre... resuelve ahora, con la certidumbre de que hallarás en mi un Padre tierno, siempre que renuncies á esta pasion que te desdora. *Vase.*

ESCENA QUINTA.

Cominge, y luego Donville.

Com. Adelayda infiel!.. No: todos me engañan: quieren que renuncie á una pasion en que cifro mis dichas, que olvide la adorable Marquesita?.. No... todo, todo es posible, ménos ser perjuro á Adelayda.

Donv. Señor, en que os deteneis? Vuestro padre acaba de decirme que estais libre: y de esta manera os hallo suspenso y pensativo?

Com. Donville, si supieras la fatal noticia que acabo recibir... no estrañarias mi enagenamiento.

Donv. ¡Qué noticia es esta? Hablad.

Com. Tu mismo puedes enterarte de ella. *Seladá.* Lee esta carta. Mira hasta que extremo llega mi desdicha... ¿te enterneces? brotan lágrimas de tus ojos? Conozco que eres sensible, y que el interes te obligò à condescender con las ideas del hombre mas cruel.

Donv. Respetad à vuestro Padre... sin duda alguna es demasiado rígido para vos...pero os ha dado el ser; debeis callar, y sufrir.

Com. Bastante he sufrido. Mas ¿que ruido es este?

Donv. Lo ignoro.

Van hacia la puerta.

ESENA SEXTA

Dichos, Lorenzo que entra precipitado y algo cansado, con botas, como que viene de camino.

Lor. Yo soy Señor...

Com. Mi querido Lorenzo!

Corre á abrazarle.

Lor. Dejadme descansar un rato. *se sienta y enjuga el sudor con el pañuelo.*

Vengo enviado de parte de vuestra madre, y à daros una noticia que sin duda os interesarà... Pero Donville... *receloso.*

Com. No temas: penetro tus recelos. Donville es uno de mis mayores amigos; habla con toda franqueza.

Lor. Luego que vuestra madre tuvo noticia del matrimonio de Adelayda con el Marques de Benavides, me envió á participar la noticia á vuestro Padre, para que inmediatamente os pusiera en libertad: me entregò una carta, pidiéndome encarecidamente que la pusiera en vuestras propias manos: esta es: vedla.

Le entrega una carta, Cominge la lee bajo, y queda pensativo, llorando amargamente toda la escena.

Pero ántes habeis de saber lo mucho que he practicado para daros una prueba de la compasion que me causan vuestras desgracias. En mi viage supe que Benavides necesitaba de un artista para pintar su quinta: corri inmediatamente á Burdeos, y por medio de un tio mio pintor logre introducirme en casa del Marques bajo el disfraz de tal. Creo que Adelayda me conoció, pues reparé que al verme se sonrojaba: una vez que logré hablar con ella me dijo que pasaba la vida mas triste que podia imaginarse... Pero ¿que me aprovecha referíroslo, si solo sirve para acrecentar vuestro dolor?

Com. No, no importa: continua tu narracion, pues aunque excita mis lágrimas, llena mi corazon de consuelo.

Lor. Quiero obedeceros. El Marques vive tan zeloso de su consorte, que ni aun á su hermano permite el estar solo con ella. Pero en fin, si quereis seguir mi dictámen, no os detengais: yo he tomado todas las medidas para introduciros en la casa con el disfraz de pintor.

Com. ¿Que es lo que dices? Pero como, ¿cómo has podido en tan poco tiempo pasar á Burdeos, y llegar aquí?

Lor. Inmediatamente que hice las

averiguaciones que os he dicho, tomé una silla de posta, y corriendo de noche y dia, he logrado llegar con tal prontitud, que no puede vuestro padre sospechar cosa alguna.

Com. Ven á mis brazos, Lorenzo... sean mis lágrimas testigo de mi reconocimiento.

Donv. Yo no acierto á hablar de confusion. *apártase.*

Lor. ¿Haveis visto lo que os dice vuestra madre?

Com. Ah ¡querida madre mia! yo hubiera sido feliz á vuestro lado, y ahora lleno de pesar vuestros dias.

Besa la carta llorando y queda pensativo.

Lor. En fin, señor, ¿que resolveis? No perdamos ni un solo instante. El tiempo es precioso... determinaos.

Com. Mi madre me llama á su lado... pero en vano clama el cariño maternal. El deseo de ver á Adelayda, me estimula, y todo cede al amor. Vamos, amigos mios.

Vase apoyado en Lorenzo y Donville.

Fin del Acto I.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

La accion pasa en casa de Benavides. Sala decentemente adornada con mesa, escribanía y sillas. Aparece Adelayda sentada, y ocupada en su labor sumamente afligida, y á su lado Luisa.

Lui. ¿Es posible, señorita, que continuamente habeis de estar suspirando? y que jamas se verá brillar en vuestro hermoso rostro, la menor señal de alegria?

Adel. Querida Luisa, si sabes la causa de mis penas, ¿cómo me haces semejantes reconvenciones? La alegría abandona á los desgraciados, y en un corazon infeliz, jamas puede tener imperio otra pasion alguna, que las que produce el rigor de su destino.

Lui. En verdad me lastima vuestra situacion, pero confiad en la Divina Providencia que algun dia pondrá fin á vuestras penas. Hablemos de otra cosa. El señor Marques creo que está aguardando con impaciencia un pintor famoso, por quien intenta hacer pintar esta quinta. El desconocido que vino á hablar por él, enviado del célebre arquitecto Bertoli, era un jóven verdaderamente amable, y que me pareció reunir en sí las mas bellas cualidades. Decidme en confianza: ¿no es verdad que tambien os interesó su figura?

Con ironía. Adelayda suspira y se enjuga las lágrimas.

Vuestro silencio, este suspiro, y este llanto, no sé lo que me hacen sospechar. Las preguntas que con tanto interés le hicisteis, el nuevo descaecimiento en que os advierto, despues de su ausencia, confirman mis sospechas. Sin duda era conocido vuestro aquel sugeto.

Adel. Amargos recuerdos! ¿Es cier-

Despues de un corto silencio toma la mano de Luisa con interés.

to, Luisa, que me amas, y que compadeces mi desgraciada suerte?

Lui. Qué pregunta tan inutil! Os amo tanto, y os compadezco de tal modo, que derramaria gustosa mi sangre á trueque de remediar vuestro infortunio.

Adel. Estamos solas?

Observa el cuarto.

Lui. Niuguno puede oirnos.

Adel. ¿Y el Marques? *Recelosa.*

Lui. Ha salido poco hace.

Adel. Querida Luisa, voy á descubrirte mi corazon.

es permitido à mi dolor profundo
pintar las falsedades de este mundo,
sus engaños, su fausto fugitivo,
su oropel, su quimérico atractivo,
y ofrecer á tu vista generosa
una pintura infiel y lastimosa;
sabrás que tuve parte en su fortuna,
y su prestigio rodeó mi cuna.
La casa de Cominge, casa mia,
que solo al cetro sus grandezas fia;
tiene su tronco célebre y glorioso
en el trono mas alto y orgulloso.
Llevados mis Abuelos de sus leyes,
fuéron favorecidos de los Reyes;
derramáron su sangre por su gloria
en el trágico horror de una victoria,
mereciendo por premio los favores,
que el engañado mundo llama honores.
Mi padre, apoyo fiel, primera mano
de la casa, á la hija de su hermano
vió conmigo crecer, y desde luego
secreto amor mezclóse en nuestro juego.
De Adelayda en fin.... enamorado,
que su mano me habia franqueado,
ya iba à coronarnos Himeneo,
ya el altar.... ó la tumba... ya el deseo
se iba á cumplir, cuando se encendió luego
en nuestros padres un odioso fuego.
El interés, que para su venganza
formó el infierno, frustra mi esperanza;
y rompe con malicia duplicada
de dos hermanos la amistad sagrada.
La sangre en vano opone sus derechos;
pues dos rivales y enemigos hechos,
inmolando á los dos con furia avara,
la mano que nos une nos separa.
En vano nuestras súplicas rogáron,
pues del seno paterno nos echáron.
Desmayado en los brazos de mi madre,
me priva de su vista un cruel padre.
La suerte y el acaso me presentan
títulos ignorados, que se aumentan
con derechos y bienes confirmados;
y viéndolos mi padre asegurados,
su fortuna y su odio fomentaban,
y á su hermano la ruina acarreaban.
Yo no dudé: un hecho generoso
de noble amor, à quien oí gustoso,
me inspira les devore, y desde luego
estos bienes odiosos quemó el fuego.
Agoviado de pena por mi madre,
por mí y por Adelayda, un cruel padre
dispone riguroso que una torre
mis esperanzas y cariños borre;
pero en ella mi fuego mas se irrita,
y hàcia Adelayda mas se precipita.
Para aumentar la pena á mi deseo
pretende que me ligue otro himeneo;
pero yo libre, mi eleccion no mudo:
y al ver que no me enredo en otro nudo,
mi padre inexorable sus rigores
redobla cruel, irrita sus furores,
estrecha la prision, y de ser padre
olvidado, prohibe que mi madre,
la madre mas amable y mas querida,
venga à abrazar al hijo de su vida.
Estos males que horrores prometian,
de Adelayda el imperio me ofrecian.
Libre ya enfin de tan cruel cadena,
vuelvo à mi madre, que de llantos llena,
de dolor y de amargos sentimientos,
me anuncia mil desgracias, mil tormentos.
¿Vive ella? dixe: y puedo prometerme?...
Mi madre temerosa de ofenderme,
tiembla, enmudece, y de mi se aparta,
entregando en mis manos una carta.
¡O que golpe! A pesar de un Dios que me ama,
y que quiere que apague yo esta llama;
la carta dura y tierna juntamente
à mís ojos... á mi alma... está presente.
Ella decia así: *Cuando à tu mano*
llegue este escrito triste, será en vano
que intentemos mudar nuestros destinos.
Por varios y ridiculos caminos
lazos doblados me tendrán sugeta;
pero tu amor es el que mas me inquieta.
La libertad por medio indecoroso
te se habia quitado: era forzoso
romper esta cadena endurecida,
pues de tí se trataba y de tu vida.
Hablar de esto, es hablarte de unos dias
mucho mas dulces que las horas mias.
Llena de sentimientos he rasgado
mi corazon; mil gustos he probado,
imponiéndome un yugo lastimoso,
del que mi amante no ha de estar zeloso.
Para hacerme pedazos yo he unido
todos cuantos rigores he podido:
he hecho mas que morir; pues si muriera,
de una vez acabara y no sintiera.
El Conde de Ermansay, Cominge mio,
¡con què dolor este papel te envio!...

El Conde de Ermansay... ¡golpe furioso!...
desde mañana... él ha de ser mi esposo.
Por fin, añadiré que ageno brazo
ha de unir con el mio estrecho lazo.
Esta es mi obligacion: y así la tuya,
(sin que de consiguiente amor me arguya)
será, ¡ay de mi! no verme... eternamente,
y la mia... morirme... de repente.
Abad. ¡Qué cadenas! ¡Qué golpes! ¡Cuantos males
oprimen á los míseros mortales!
¡Mas por cuantos caminos, alto cielo,
los conduces al puerto del consuelo!
Com. Este cielo sagrado parecia
que á mis desgracias otras prevenia;
pues las iras, las rabias, los furores
eran... ¿qué habian de ser? mis protectores.
Llevado de un amor desesperado,
y de un fuego infernal acompañado,
de un genio inficionado que me agita,
corro al lugar donde Adelayda habita.
La veo, la contemplo, y de repente
arrojado á sus pies... *toma, inclemente,*
la dije: *este puñal... mátame luego,*
y acaba con mi vida y con mi fuego.
Ermansay llega entonces, y animosa
embistiéndome amante, y aun zelosa,
un afecto á los dos nos animaba,
y una homicida sed nos inflamaba.
Da Adelayda una voz desentonada;
y puesta en medio de una y otra espada,
se encendiéron en iras los aceros,
á vista de sus ojos hechiceros,
Luchábamos de modo, que mis venas
regaban con la sangre las arenas,
cuando hecho un rayo, y una furia hecho,
le embestí, le vencí, le pasé el pecho.
El cae... ¡O Adelayda!... ésta es tu obra.
Huye, me dijo, *y tu vigor recobra.*
Yo pierdo los sentidos. Desangrado,
moribundo, y ya casi inanimado
me prenden sin piedad, y en un momento
un calabozo obscuro es mi aposento,
adonde yo esperaba el sacrificio
de una muerte cruel, ó de un suplicio.
Ya la noche mediaba su carrera,
cuando rompiendo mi prision severa,
ven, sal, dice una voz desconocida,
y sabe que un ribal te dá la vida.
¿Un rival... dije? El huyó en un momento.
¿Faltaba esta sospecha á mi tormento?
Yo llevo en fin por colmo de esta injuria
todo el horror de una zelosa furia.
Abad. ¡Qué diversos asaltos cada dia
combaten à los hombres!
Com. Que vivia,
supe enfin, mi rival, y que su esposa,
aquella alma tan pura y generosa,
estaba reducida á dura suerte,
y cerca por mi causa de la muerte.
Privado de un objeto tan amado
salgo de mí furioso; y olvidado
de todo lo que amor puede prestarme,
hago resolucion de retirarme
al albergue mas rígido, y sombrío,
donde al dolor sustente el llanto mio.
Renuncio las riquezas, los deseos,
abandono parientes, huyo empleos;
dejo á mi madre... y con dolor profundo
me voy à sepultar léjos del mundo.
No habia para mí caverna obscura,
desierto tenebroso, gruta dura
que pudiese llenarme la memoría
de mi amor... de Adelayda... y de mi historia.
En fin, de un alto número inspirado
me acordé que hay un sitio retirado
en el mar miserable de este mundo,
en donde habitan el terror profundo,
el silencio, el cilicio, la abstinencia;
y en donde la afliccion, la penitencia
rodean y deciden nuestra suerte,
y retratan el cuadro de la muerte.
En él mi asilo ví, y esclamé luego:
(mis llantos espiáron este fuego)
Sí: cata aquí el sepulcro prevenido,
donde has de sepultar todo gemido,
todo favor, toda mundana gloria:
tus honores enfin, y tu memoria.
Aqui solo Adelayda será amada
querida tiernamente y respetada;
y aquí todos los dias que yo more
será el ìdolo solo aquien adore.
Tan perdido me hallaba, ¡ó padre mio!
de un exceso de amor: de un desvarío.
Llego, pues, á este sitio en donde oculto
este infiel fuego entre el zelo y culto.
Me someto á la ley: llamo en mi ayuda
á la falsa razon, á aquella muda
filosofía estéril, impotente,
que siempre criminal, siempre inclemente,
no acertando su ciencia con los medios,
presenta solo inútiles remedios.
Llevado enfin de sus sofismas vanos;

cuan-

cuando yo consentí que como humanos
aliviasen mis penas y pesáres,
veo que los aumentan à millares.
Acia la Religion vuelvo los ojos,
y sus rayos serenan mis enojos
y mi fatidio: elévase mi alma,
y mi espíritu queda en dulce calma.
Ella en mi corazon pone al momento
un gran dolor un arrepentimiento,
un temor saludable un amor puro...
Pero... ¡Ah, padre mio! aun está impuro
este infiel corazon: todavia veo
levantarse en mi alma un vil deseo,
enemigo cruel, furia indomable,
hechizo encantador, llama culpable.
Este indómito fuego, este tirano
sigue todos mis pasos inhumano;
me combate y persigue de tal suerte,
que llega hasta estas sombras de la muerte.
Siempre armadas sus flechas con encantos,
se imprimen en mis penas y en mis llantos.
Yo me humillo... me postro... ¡O, padre mío!
dignáos socorrerme... yo confio...
en vuestra proteccion en vuestra mano.
Abad. Todo humano socorro será en vano.
Dios... Dios con su poder irresistible
domará ese contrario tan terrible;
y jamás sufrirá que sus sentidos
estén de las pasiones oprimidos.
Nadie coge las palmas sin combate:
y cuánto mas el misero se abate,
cuanto mas llora y ruega, es evidente
que su gracia le presta un Dios clemente.
Hecha tu confesion con amargura
ha conmovido toda mi ternura.
Consuelate: tú no eres el primero
que aquí sufre el rigor de amor sevéro.
Eutimio... ¡Ah! Eutimio, nuestro hermano,
siente el efecto de un amor insano:
y aun turbado y rendido á su flaqueza,
se ha doblado esta noche su tristeza.
Al pie de los altares suspiraba
continuamente: y cuando ya llegaba
el tiempo de cumplir su noviciado,
y en mis manos estaba preparado
el lazo que nos une; ahora, ahora
muere... y la causa de su mal se igñora.
El te sigue los pasos.
Com. Y yo veo
que en este sitio, tumba del deseo,
gime cerca de mi... suspira... llora...
algun pesar sin duda le devora.
Mi foso alguna vez dexa bañado...
Un impulso secreto se ha empeñado
en saber de qué nace su disgusto...
su desesperacion... su eterno susto...
¿Qué interés será el mio? Reverencio,
obedezco á la ley... guardo silencio.
Abad. Es forzoso. No obstante, yo rezelo,
que ha sido conducido por el cielo
á este lugar un Estrangero... un hombre...
Dios oculta su brazo... (no te asombre)
pero tambien nos pide con ternura
le oigamos en secreto y con dulzura.
Háblale tú. Yo voy al altar santo
á ofrecer por tu amor paternal llanto.

ESCENA III.

Cominge solo.

Com. ¡Un Estrangero... verle!... ¡O qué molesto!
¿Pero quién sabe si podrá ser esto,
que este infeliz mortal esté agoviado
de mi mismo infortunio y mi cuidado?
¿Pero hay acaso alguno en esta vida
que no llore su suerte endurecida?
¡Si necesitará, victima viva,
este hombre de una mano compasiva,
que reparta en su alma estas dulzuras,
para aliviar sus penas y amarguras!

ESCENA IV.

Cominge, y el Caballero Orviñi.

Miéntras Cominge dice estos últimos versos, sale de la parte derecha del claustro un Estrangero conducido por un Religioso; el cual, segun costumbre, le hace señas, señalando á Cominge. Este Religioso le deja en lo alto de la escalera, despues de haberse postrado á sus pies. Cominge no ve á Orviñi que baja. Este mira por todas partes, y se detiene de cuando en cuando en los escalones como sobresaltado.

Com. ¿Arsenio socorrer tribulaciones...
y suavizar disgustos y aflicciones?
¿Soy yo capaz de consolar á otro,
sufriendo como él el mismo potro?

Orviñi en la misma situacion, considerando atentamente la bóveda.

Orv. ¡Qué aspecto tan terrible y espantoso
para el mundo profano y orgulloso!
¡Miserable el mortal, pero sensible,
aquí se acaba, y prueba lo imposible!
¡Qué objetos!

Lee en alta voz las palabras de la inscripcion.

DONDE LA MUERTE Y LA VERDAD.

¡Qué leccion! ¡O Dios! ¡Qué aviso!
En este alvergue formidable piso,
efecto de una ciencia sacrosanta
sobre sí mismo el hombre se levanta.

Baja y se avanza al teatro. Viéndole Cominge, corre presuroso á postrarse á sus pies. Orviñi le detiene, y se le inclina.

Detente, ¡ó padre! Es propio de nosotros
humillarnos delante de vosotros.
¡Qué espectáculo es éste! ¡qué heroismo!
El hombre no hace tanto por sí mismo.

Se avanza al teatro.

Dos años ha que un infeliz destino
cerrando en un castillo aqui vecino
mis penas y pesares; yo esperaba
que el tiempo y el desierto que gozaba
podrian concurrir á mi sosiego,
á hacerme vencedor de un fatal fuego,
y á que... alguna razon mejoraria
mi corazon, ò le sujetaria;
pero me lisonjeaba vanamente.
Yó trage en él aquella flecha ardiente
que hasta este triste sitio me rodea.
La soledad es una flaca idea,
que léjos de curarme y corregirme,
solo la interna para mas herirme.
Vengo, pues, á vosotros, almas llenas
de caridad, á que alivieis mis penas,
y á que este santo y religioso seno
destruya los progresos de un veneno.

Cominge mira á Orviñi con alguna atencion que se aumenta.

Com. El es... es Orviñi... es el hermano. *Ap.*
de aquel esposo pérfido... y tirano.

Vase á él con viveza.

¿Vive Adelayda aun...? Piensa ella... ¿A dónde voy? *Vuelve sobre sí.*

Orviñi mira á Cominge, y vivamente dice:

Orv. ¿Tú conoces?... su figura... ¡el Conde!

Com. En esta habitacion lobrega y muda
el hombre del orgullo se desnuda.
Sus títulos... Yo me fatigo en vano.
Aqui solo verás un vil gusano,
Fray Arsenio, el menor de los mortales,
y un egemplo de penas y de males.

Orv. No, no me engaño yo; me lo asegura

Mirándole siempre.

mi propia vista. Pero en tal clausura...
¡Qué admiracion!... Cominge de esta suerte...
aqui entre estos retratos de la muerte...
Cominge... asi vestido...

Com. Si; Cominge,

Con viveza.

que por triunfar de una monstruosa esfinge,
viviendo aquí, y muriendo ántes quisiera
esconderse del mundo si pudiera:
el que en los llantos arde, y en el ruego
de un criminal, y de un culpable fuego:
el que perjuro à Dios en este instante...

Con mas viveza.

Añade mas delitos à un amante...
date priesa... despierta... atiza luego
si puedes esta llama... y ese fuego
Hablame de Adélayda... ¡Ah! prontamente
arrojala de un corazon ardiende.
No me hables de ella... una palabra... pero...
¿de Adelayda... podrás decir primero...
si, ... ¿si estos dias ménos borrascosos
son para ella felices y dichosos?
Sin duda... ¿Y que no vence su hermosura,
su gracia, su atractivo, su dulzura?
¡Què arte tan seductor! ¡Ah! que destreza!

Con viveza.

Orv. ¿Quién no prueba el poder de su belleza?
Pero dime què acaso...

Com. ¿Otro ha sabido
agradarla? ¡O dolor!

Orv. Otro ha podido
enamorarse de ella.

Com. ¡O santos cielos,
apénas puedo conténer mis zelos!
Persigue, ¡ó justo Dios! yo solo he sido (*Furioso*
quien tu odio y venganza ha merecido
Castiga, hiere, rompe, sin medida:
ojala un rayo acabe con mi vida.

Orv. Sí, Cominge, un rival...

Com. Y esta es la mano,
cuyo socorro bárbaro, inhumano,
emponzoñando mi gloriosa vida,
la dejó en mil pesares sumergida.

Sí,

Si, este rival cruel me ha libertado
para dejarme mas aprisionado.
Orv. Ahora vas ó Cominge, á conocerle,
y al mismo tiempo á compadecerle.
Escúchame. Mi hermano no ha nacido
para gozar de un bien tan distinguido;
de recibir entónces acababa
la fe con que Adelayda le trataba.
Yo la ví: y su hermosura, su belleza,
su dolor, su temor y su tristeza
pusiéron á mis ojos un encanto.
Herida mi alma con tormento tanto
estaba demasiado preparada
á recibir la flecha disparada.
A confesar mi nuevo sentimiento
no me atrevia; mas logré el intento
de hablar de mis amores ó mis males:
le conoce Adelayda, y con señales
de honesto amor unióse á mi deseo.
Ya lucian las hachas de himeneo:
mas tambien los autores del objeto
de mis cariños, sordos al respeto
à Adelayda debido y á su llanto,
á su pesar enfin y á su quebranto;
de compasion de piedad desnudos
la habian dedicado à agenos nudos.
¿A otros lazos sujeta? Esclamó ella.
Me compadece su infeliz estrella.
¡Qué mal se finge una infidelidad!
¡Y qué tormento es la necesidad
de haberse de entregar á infieles lazos
la que era ya Señora de otros brazos!
Estas voces, á quien acompañaba
un dulce llanto, que se destilaba
hasta el pecho, la hacian mas hermosa.
Yo advierto que una llama venenosa
me quema, me consume; pues en vano
quiero amar á la esposa de mi hermano.
Yo en fin, inutilmente procuraba,
por una obligacion que me estrechaba,
sugetar un amor infestuoso
con un remordimiento peligroso.
A mi granja el furor te precipita;
pero mi hermano, á quien un zelo irrita,
quiso darte la muerte. El cayó herido,
y à tì te prenden pero sin sentido.
Víctima de un esposo entónces ella,
al rigor de una maligmante estrella,
en lágrimas de amor tierno bañada
viene á mí, y del dolor acompañada:
A tí me atrevo, dice, á tí me atrevo
á pedirte la vida, como debo,
del mísero Cominge. En ti confio.
Te quiere lo bastante el pecho mio.
para hacerte saber mi sentimiento.
(Amor fué solo quien dictó este acento).
No te oculto mi amor, prosiguió ella,
en medio de mis llantos y mi estrella.
mas mi funesto error no me ha cegado,
pues solo á la virtud lo he revelado.
Quede libre... y me olvide... mas mi empeño
es morir (yo lo digo) *por mi dueño-*
Tú serás Adelayda, obedecida,
pues de un rival voy á salvar la vida.
Imponiendo silencio al movimiento
de una infame traicion te abro al momento
la cárcel, sales de ella, y convencido
de mi mismo; Orviñí te ha conducido.
¡Qué gozo disfruté, Cominge amigo!
¡Qué glorias trae la virtud consigo!
Vuelvo. *No llores*, dije, *te he servido:*
Cominge libre está, por premio pido
un eterno silencio: y si agraviada
te quedas de esta accion inesperada;
te aseguro que un puro sentimiento
el yerro enmendará de este momento.
Permite, pues, que la amistad nos una.
Yo volvia á caer: siempre importuna
y debil mi razon no presentaba
mas que un duro combate que cansaba
mi valor, pero no le contenia.
Alguna vez tambien me sugeria
huyese de mi patria y aficiones;
mas traia en mi alma las pasiones.
Yo las quiero vencer, sí: y es el medio,
que un devoto rival me dé el remedio.
Ojalá mis sentidos ilumine
la Religion, y el cielo me apadrine.
Com. Generoso Orviñí, ¿qué me has contado?
Yo de tanta virtud quedo admirado:
tú debes perdonar una flaqueza,
y yo sacrificar una terneza
indómita y culpable. Sí, es seguro
que el altar nos defiende con su muro,
que nos ofrece sus socorros; pero...
yo insolente. atrevido y altanero
parece me resistes... ¡qué desgracia!
á las inspiraciones de la gracia.
Sí, Orviñí, yo lo sé. yo bien entiendo
que soy traidor á Dios, que á Dios ofendo,
cuando en este momento de mi amada..
de mi amada Adelayda... No hables nada:

todo me pasa un corazon sensible. *Con furor.*

ESCENA V.

Eutimio baja la escalera por el lado izquierdo parece que anda con trabajo: ve á Cominge, levanta las manos al cielo, las deja caer juntas, poniendo una sobre el corazon, como agoviado de dolor. Continua bajando, y da algunos pasos hàcia el teatro. No se ve la cara à este Religioso, porque se la cubre con la capilla.

Com. Hay un mortal en este sitio horrible...
Sin ver à Eutimio.
que se ensaya á llevar siempre animoso
un yugo demasiado rigoroso.
Acaso... él es algun desventurado,
como nosotros mismos, que agoviado
de alguna propension... de un amor fuerte,
viene aqui á consolarse con la muerte.
Yo no se, ... sus gemidos... su quebranto
mi compasion excitan y mi llanto.
Muchas veces me busca en este abismo.
y otras huye de mí, y aun de sí mismo.
Sin embargo, desea el pecho mio
aliviar su pesar triste y sombrio.
Un deseo me insta y me provoca;
pero cierra un silencio nuestra boca, *Le ve.*
y jamás... vele allí... yo me conmuevo...
siento al verle... no sé qué golpe nuevo.
Camina Eutimio ácia el sepulcro de Cominge.
Orv. ¿Donde va? *Mirandole.*
Com. Á mi sepulcro.
Orv. ¡Cielo santo!
Es aquí... *Señalando el foso.*
Com. Donde habita eterno llanto,
donde termina el curso de la vida,
donde una propension entretenida,
un sueño, una ilusion indócil, vana,
se disipan: y enfin, donde mañana...
de aquí à poco... tal vez en este instante
la muerte... acaso... no estará distante;
y amarga... à que sepulte me convida
veinte y seis años de una triste vida.
Eutimio mira con atencion dolorosa la sepultura de cominge. Levanta las manos al cielo, las estiende ácia el foso; y juntándolas despues, vuelve á mirar á Cominge.
Manda la ley á todo Religioso,
que cada uno con brazo valeroso,
se trabaje su misma sepultura...
donde fenecerà... toda ternura. *Con aflicion*
Esta es la mia. La de Eutimio es ésta.
Señalando la de Eutimio que está al lado derecho del teatro.
De este infeliz... ¿Qué pena le molesta?
Cominge ve que toma el azadon de las orillas del foso.
¿Piensa él acaso mi deber se borra?
Mirándole.
Orv. Siente tu pena, y tu trabajo ahorra.
Com. Este instrumento... este azadon se ha huido
de sus manos... y vence...
Quantas veces ha querido Eutimio servirse del azadon, otras tantas se le ha caido de las manos.
Eutim. ¡Ah!
Dexándole caer, y con la mayor tristeza.
Com. ¡Qué gemido!
Orv. ¡Ah como me penetra tal acento!
Con admiracion.
¿Podrás saber...?
Eutimio da algunos pasos ácia Cominge.
Com. El viene.
Cominge va ácia Eutimio con un profundo suspiro.
¡Que tormento!
Con dolor.
¿Te vas, Eutimio? Mas yo rompo el cilencio
A Orviñi que quiere seguirle.
Quédate tù.
Eutimio sube lentamente por la misma escalera; mira afectuosamete à Cominge. alza las manos al cielo, y se entra.

ESCENA VI.

Cominge y Orviñi.

Com. La ley que reverencio *Deteniendole spre*
respétala tambien. No. no le sigas,
Vuelven delante del teatro.
la ley lo veda. Y ojalá prosigas
en recibir mis llantos. Yo me quedo
tan inclinado á Eutimio, que no puedo
contener mi inquietud. Tanto me agita,
que aumenta mi desgracia, y mas me irrita.
Dèjame... yo no puedo socorrerte
sino con el egemplo de la muerte.
Orv. Conoces á Orviñi; sí: mas primero
él sabrà someterse lisongero

á una inclinacion, sabrá quererte,
y á pesar de los dos obedecerte.
Yo domo mi flaqueza, honor me guia,
y Adelayda sabrá por carta mia...
Com. Que yo muero. *Con viveza.*
Orv. ?Que la amas? *Lo mismo.*
Com. ¡O Dios pio!
¿Qué dices? ¿Yo? ¿Yo amarla? ¿El pecho mio
nutrir esta pasion... y tù excitarla...
tù Orviñi... que debias apagarla?
Mi virtud ya te teme: yo me alejó:
por no escucharte mas, aqui te dejo.
Da algunos pasos para retirarse
Apártame, Dios mio, de sus ojos.
Orv. ¿Y no mitigarás esos enojos
si cerca de una madre?
Com. ¡Madre mia! *Volviendo con rapidez.*
¿La conoces? ¿Què? ¿Vive todavia?
Orv. Vive. sí: mas tu padre... sepultado...
Com. Tu mano, eterno Dios, me lo ha quitado.
Orv. Desnudo ya de su pasion severa
le acabò el sentimiento su carrera.
Sensible y nò sabiendo de tu suerte,
te creìa despojo de la muerte.
Quedo tu madre, enfin, y envuelta en llanto
dulcificò Adelayda su quebranto.
Com. Adelayda... mi madre...
Orv. Sus dolores
unièron. ¿Què? ¿No avivas tus amores?
¿Què te detiene? Ve Cominge amigo,
seca sus llantos: yo no iré contigo.
Yo solo ocupar debo esta clausura;
tù de Adelayda... acaso... la ternura...
Com. Tu me distraes; tu mi amor atizas;
y yo debo apagar aun sus cenizas.
Orv. Amor, honesto amor no ofende al cielo.
Com. Pero le ofende un indiscreto zelo.
¿Cual pues será Orviñi, nuestro delito,
si un amor criminal no está proscrito?
No redobles mis yerros sempiternos.
Orv. ¿Ignoras tu que ha mas de cuatro inviernos
que Adelayda sus lazos ha intentado
romper?... y que mí hermano sepultado...
Con viveza.
Com. ¡Adelayda está libre, y yo oprimido,
y á un eterno tormento reducido!
¡O Dios! ¿Que? no he sufrido lo bastante?
Rerirate, Orviñi, huye al instante.
Yo vivia gustoso en esta estancia
entregado á una docil ignorancia;
tu doblas mi pesar y mi suplicio:
mas de un rival es digno beneficio.
Orv. ¿Y què estos votos...
Com. Una cruel cadena
impone á mi dolor eterna pena.
Infiel: ¡què muerte va à romper mi seno!
Despues de cuatro años que yo peno:
¡he perdido este término afrentoso,
en que un yugo inhumano y espantoso,
en que amor y esperanza ambos unidos,
debian consumirse entre gemidos!
Despues de un año un celestial destino
me hizo cortar un lazo que abomino;
y quando yo, baxo esta carga dura
Desatentado.
espiraba... (què imàgen!.. què hermosura...
me detiene à las puertas de la muerte):
Y el fin llegaba de mi triste suerte;
ella libre... ella me ama... ¿y yo la quiero?
La quiero tiernamente, la venero. *Con viveza:*
Ella ocupa mis dias, mis sentidos,
las noches, los sollozos, los gemidos.
Este fuego cruel, èste me inflama:
solo el cielo apagar puede esta llama.
Perdoname, Orviñi: no me abandones:
compadece dos tiernos corazones.
Dèjate ver... complace á mi deseo,
y sabràs... que à Adelayda solo veo.
Orv. !Què lástima!

ESCENA. VII.

Cominge solo

Com. En mi pecho solo habita
un furor sempiterno que me agita.
Yo ya no me conozco. ¡O Dios clemente
envia un resplandor, un rayo ardiente
contra un dulce enemigo... irresistible:
pues solo á tì, Señor, todo es posible.

Fin del Acto primero

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Cominge bajando en una situacion que anuncia su dolor, se llega á la Escena, y se suspende un rato en un profundo sentimiento.

Com. ¡Qué nube tenebrosa de la muerte
me ofusca y me rodea! Estoy de suerte
que ignoro lo que debo y lo que quiero.
En este alvergue obscuro à Orviñi espero
para manifestarle un pecho duro.
¡Vana esperanza! ¿Pero què procuro?
¿Acaso quebrantar, romper osado
unos votos que yo mismo he jurado?
¿Y què votos son estos? ¿Por ventura,
los votos del afecto y la ternura,
del corazon, de la naturaleza
no son primero? ¿Acasó la grandeza
del cielo y su poder se han conjurado
para que el hombre viva esclavizado?
¿Y enfin á su flaqueza es necesario
imponer algun yugo voluntario?
El formador del hombre generoso,
Padre el mejor mas tierno y amoroso;
este Dios qne nos ama, y cuya idea
en hacer bien al hombre se recrea;
este Dios finalmente... ¿què? ¿Veria
con placer, que un tormento destruia
su imagen, y que su obra prodigiosa
acababa una muerte lastimosa?
¿Mis lágrimas su zelo nutririan?
¿mis penas su grándeza aumentarian?
y para complemento de mi ultrage
¿mis cadenas le harian su homenage?

Con furia.

Yo detesto estos votos, los desecho:
voy á cobrar mi natural derecho.
La ciega humanidad nécia se atreve
á formar unos votos que no debe.
Yo renuncio estos votos afrentosos,
votos y juramentos peligrosos.
De Adelayda los dulces atractivos
vuelvo à jurar: sus ojos compasivos,
si miran con ternura mi tormento,
extingirán mis males al momento.

Con viveza.

Vèala yo un instante... mas si el cielo
se ofende de mi amor... á él mismo apelo
para que apague esta furiosa llama,
y triumfe de este fuego que me inflama.

Despues de una larga pausa.

Prosigue, infiel, ultraja à un Dios zeloso
arroja de ese pecho venenoso
blasfemias y calumnias... ¿pero á donde,
apostata infiel, misero Conde,
vas á parar con esa llama impura,
que domar no ha podido esta clausura?
Tu intentas deshacer un dulce lazo
que sirve à tu flaqueza de embaraso.
¿Si aquel fantasma vano y fascinante,
que solo de virtud tiene el semblante;
si el honor, digo, aquel honor terreno
de falsedades y de engaños lleno,
tu palabra empeñàra, cumplirias?
¿O acaso à tu palabra faltarias?
¿Y pretendes osado y atrevido
quebrantar unos votos que ha ofrecido
tu pecho, que tu mismo has pronunciado,
Dios y la Religion han aceptado
¿Traydor seràs? ¿A un Dios que solicita
tu bien, no temes si su furia irrita?
¿Sobre ti mismo, misero y culpable,
no sientes ya su ruido formidable?
Mira bien, infeliz, mortal advierte
quàl suben del abismo de la muerte
espectros tenebrosos y funestos.
Estas pálidas sombras... estos... estos
horrores del sepulcro te combidan,
te llaman, te desean, te intimidan.
¡Qué miradas, O Dios, tan espantosas!
¡Qué aspectos! ¡Quê figuras horrorosas!

Mira al sepulcro de varios.

Del fondo de esta tumba... una voz triste
lugubre y melancolica me embiste...
y... ya se abre... ¡Qué horror!... A Rancè vè
á Rancé, que acusando mi deseo,
me viene à destruir con la guadaña
de su colera ardiente y de su saña.
El se alza... deteneos Padre amado,
èl habla... *¿á dónde vas, desventurado?*
¿Dònde vas á parar sino al abismo?
¿De los brazos de Dios, del seno mismo
de Dios te apartas? ¿Tú quieres osado
deshacer unos nudos que has votado.

y que el cielo glorioso ha recibido?
¿No sientes de su cólera el sonido?
Tiembla, pérfido, tiembla: huye su flecha.
Ruge el infierno, el cielo te desecha,
aquel pide la presa, y la devora...

ESCENA II.

Cominge y Orviñí.

Orviñí baja por el lado derecho de la escalera con una carta en la mano. Alguna vez levanta los ojos al cielo, y otra los inclina y fija en la carta. manifestando el mas profundo dolor: se acerca á la escena.

Com. ¿Qué haré pues? desechar à quien adora *Sin ver á Orviñí.*
mi tierno corazon; echar del pecho
una imágen de amor el mas desecho;
olvidar un objeto, cuya mano
disputa con el cielo soberano
mi alma... mi homenage... ¿Mas que digo? *Con viveza*
Yo solo hamo á Adelayda yo la sigo:
ella solo me inflama... Dios zeloso,
tu truenas, tu amenazas... bien... gustoso
me sujeto à la ley... la olvido... pero...
yo olvidarla... morir serà primero.
Ve à Orviñí, y da algunos pasos ácia él.
Orviñí viene... ¡pero que turbado!
Algun nuevo dolor le ha penetrado.
Orviñí tiene siempre fijos los ojos sobre la carta, y da un paso
Sus ojos fijos miran con espanto
una carta que baña en tierno llanto.
Con ternura.
Habla Orviñí ¿que dices? Mis sentidos
rotos, despedazados, comprimidos...
Habla... dime... Adelayda...¿à esta voz lloras?
¿Ignoras mi dolor, mi amor ignoras?
Orv. ¡Ah Cominge infeliz! *Con dolor.*
Com. Acaba, aprieta. *Con furia.*
acaba de pasarme la saeta
que tanto punza à una alma empedernida,
acaba con mis penas y mi vida.
¿Qué? ¿Acaso mis desgracias, mis tormentos
pueden multiplicar mis sentimientos?
Con profundo dolor.
Orv. Cominge... en fin morir... solo nos resta.
Com. Lo que yo amaba... ¡O Dios! ¿Qué carta es (ésta?
Dámela. *Con ímpetu.*
Orv. La piedad no me permite
que la ponga en tus manos; sì que evite
un nuevo sentimiento, un dolor nuevo:
y yo debo sufrir...
Com. Yo morir debo. *Con viveza.*
Como que se retira.
Orv. A Dios, Cominge, à Dios.
Com. Cruel, espera: *Furioso deteniendole.*
yo la quiero leer aunque me muera.
Aparte con ternura.
Orv. ¡Què furor! ¡Què dolor! ¡Què abatimiento!
¿Què me pides?
Com. El fin de mi tormento: *Con ímpetu.*
la muerte, ese papel... sea el que fuere.
Orv. Tòmale, lèele, y luego muere. *Lo mismo.*
Com.lee. Al fin nuestras pesquisas se han logrado,
pues un asilo nuevo han encontrado.
¡Ojala vencedor de amor odioso,
gozases un destino mas glorîoso!
Prepârate... ¡que espada tan terrible
va á penetrar un corazon sencible!
Sabras que de la suerte perseguida
Adelayda... Adelayda tu querida;
un año habrâ que habiendo abandonado
este mismo lugar que habia habitado;
llena siempre de amor y de su amante.
víctima de una pena fascinante...
Adelayda... espiró...
Com. ¡O Dios¡ Yo muero.
Cae desmayado sobre una de las sepulturas de los Religiosos, que deven estar un poco mas elevadas de la tierra.
Com. ¡O amigo mio! ¡O amigo verdadero!
Sosteniéndole.
La virtud... el Santuario...

ESCENA III.

Cominge, Orviñí y el Padre Abad

Este baja por el lado derecho de la escalera, y llega á la Escena.

Orv. ¡Ah, yo abatido...
Sin ver al Padre Abad
con golpe tan faltal.. y sin sentido;
Cominge, à quien las sombras de la muerte
ofuscan y rodean de tal suerte, (me ayude?
que... ¿En esta estancia, ò Dios, no hay quien
Abad. Sabes si el Estrangero acaso acude
para aliviar...
Orv. ¡O Padre amado! corre,

Cominge espira... mírale... socorre...
esta carta, el amor... un desvarío...

Está en el suelo la carta: y al ver al Padre Abad se levanta.

Com. Adelayda murió... ¡O Padre mio!...

Cae al instante.

Abad. Escucha amigo mio tu gemido

Abrazandole, y sosteniendole.

allà en mi corazon se ha introducido...
Confia en la piedad, ella consuela;
y la naturaleza se desvela.
siempre pura y sensible à nuestros males,
en prestar socorro á los mortales.
Vengo à enjugar tus llantos; y mi anhelo
es darte en tu dolor algun consuelo.

Orv. ¡Qué amáble, ò Religion, qué compasiva

Asia el teatro.

eres para el mortal! Dura y activa
te ha pintado el error: error ingrato,
ve aqui su propio aspecto y su retrato.

El Padre Abad esta siempre al lado de Cominge.

Abad. Estos son los efectos que han prestado

A Orviñi.

las pasiones al hombre desgraciado.

Se vuelve à Cominge, teniendole abrazado.

No rehuses mis brazos: ven, querido:
vuelve á la voz de un padre enternecido,
que desea aliviar tus sentimientos.

Com. La perdí... *Alzándose poco à poco.*
Infierno, ¿tienes mas tormentos?

Abad. Retírate. Conviene que un momento...

A Orviñi

quedemos solos.

Da Orviñi algunos pasos para retirarse. Cominge levanta la cabeza, y dice con furor:

Com. Padre, no consiento.
Yo quiero suspirar, yo gemir quiero,
y que vean sus ojos que yo muero.

Con impetu.

Mis maldades no ha visto, mi delito
no conocia aun: yo el sobre escrito
presentaba de un heroe virtuoso;
el me creia tal, y generoso
sin duda me estimaba: de este engaño
es preciso que vea el desengaño;
que le vea Orviñí, tu el cielo mismo,
las furias horrorosas del abismo,
los monstruos de la tierra, el universo,
todos vean un hombre tan perverso;
un hombre infiel, un pérfido, un proscrito,
que expiar no ha sabido su delito,
y vive aun sin arrepentimiento,
En aquel mismo instante, en el momento
en que el cielo piadoso lebantaba
la espada sobre mi; yo proyectaba
deshacer con escàndalo mis lazos,
y arrojarme, frenètico à los brazos
de Adelayda... murió... Dios resentido...
èste Dios me castiga.

Abad. Está perdido. *A Orviñi*
Retirate. *Al mismo*

Com. ¿Me dexas?

Orv. Vuelvo luego. *Vase*

Com. ¡O Padre amado! por piedad te ruego
venga à cerrar mis ojos moribundos.

ESCENA IV.

Cominge y el Padre Abad.

Abad. Las mayores heridas, los profundos
golpes del corazon fia en mi pecho.

Com. Nada puede curarme... Esto es hecho...

Con gran furor.

Redúceme à cenizas, Dios severo.
Dios vengador.. aqui tu rayo espero.

Abraza la tierra con transporte

Abad. Reconoce, ó Arsenio, hijo querido,
à un Dios que te oye, à un Dios que has ofendido
No dudes que este Dios de fuego armado

Con entereza.

contra ti miserable y desgraciado.
fomentado el rigor de su justicia,
contigo acabe, y toda tu malicia,
aterre al mundo, y al infierno espante,
y todo lo consuma en un instante.

Con ternura.

Pero èste mismo Dios, que tan terrible
te acabo de pintar; es muy sensible,
es un Padre indulgente, amable, grato:
¡y tù le desconoces, hombre ingrato!

Com. Este Dios tan sensible, Padre amado,

En la misma situacion.

parece que de mi se ha retirado.
El me quitó á Adelayda... *Llorando*

Abad. ¿Y aun se atreve
á insultar á este Dios tu voz aleve?
En tu piedad tù acusas à los cielos,
debiendo agradecerles sus desvelos.
¿Pero què digo Tu un objeto lloras
que te quitó delante. ¿Acaso ignoras
que si hiere à Adelayda... tù, tù has sido
quien

quien la espada cruel ha conducido?
quien finalmente la ha sacrificado?
Hombre ciego, sí: tú eres el osado
que faltando á la fé y á tu promesa,
(prófugo del santuario y de su mesa)
á tus votos, á Dios y aun à tí mismo;
despeñado corrias al abismo.
Este Dios, que preside eternidades,
que ordena siglos, manda inmensidades,
leyó en tu pecho ideas criminales,
torpezas y palabras desleales!
te vió pronto á romper tu juramento....
¿y qué hace? Te arrebata en un momento
la causa principal que te inficiona.
Entónces su clemencia te abandona,
te desampara, te castiga, pero
sí derramas un llanto verdadero, *Tierno.*
si imploras su favor con eficacia,
á tí y á todos nos dará su gracia.
Te hablo con este espíritu christiano,
Con entereza.
porque conviene así. Dame esa mano.
Alzo á Cominge, que se esfuerza para levantarse, apoyàndose siempre en los brazos del Padre Abad.
Com. ¿Qué pides, Padre mio? Yo quisiera
que ahora mismo mi vida feneciera.
¿Por qué rumbo cruel, con que pretesto
me sacas á una luz que yo detesto?
Llámame criminal, infiel, perdido:
conozco que lo soy: y que lo he sido.
¿Pero Adelayda acaso era culpable? *Furioso.*
No: Yo lo soy: y el cielo inexorable
sobre ella su rigor ha descargado,
y á Cominge infeliz libre ha dejado.
Abad. Respeta sus decretos. sus venganzas;
y sufre...
Com. ¡Ah Padre! están mis esperanzas
cansadas de sufrir: yo no lo niego,
ni te puedo engañar; pero aquel fuego
de ese Dios fulminante me ha abrasado,
y todo el corazon me ha deborado.
Ya no temo à la muerte. Yo la miro
como remedio y fin de mi suspiro.
Unicamente temo à un Dios airado...
Arráncame esta flecha que ha pasado
mi corazon. Mi amada... ¡Ah Padre mio!
mi consuelo... mi amor. Yo desvario
Adelayda... murió... Pero no obstante
sobre todo la quiero. En este instante
cata aquí el solo objeto que me lleva.
A la pálida antorcha de esta cueva,
donde su vida un criminal mejora,
solo veo á Adelayda encantadora.
Al pie de los altares compungido;
ella sola merece mi gemido:
y cuanto mas me yere amor funesto,
tanto ménos mis crímenes detesto.
Este de mis pasiones es el cebo.
Abad. Con la gracia, à decírtelo me atrevo,
todo lo vencerás: ella no ha estado
jamas sin atencion à tu cuidado,
y depósito fiel de tu desvelo
clamará por piedad al mismo cielo.
Confia, espera, anímate à tí mismo,
pide á Dios del profundo de tu abismo,
y le verás romper esa cadena,
esa pasion que tanto te enagena.
El Criador del cielo y de los mares,
que con su voz aplaca los pesares,
serena las borrascas y elementos,
y sujeta las nubes y los vientos;
calmará compasivo tus sentidos
agitados con penas y gemidos;
porque un zelo constante y penitente,
digno te hará de su bondad paciente.
Si quieres ver en tu alma fluctuante
un movimiento cierto y agitante
que te haga conocer de Dios la gloria,
clava un terror eterno en tu memoria;
pon à tu vista el cuadro de la muerte, (fuerte
que espanta al chico, al grande, al flaco y
Más dócil á la ley trabaja el hoyo,
de tu fragilidad único apoyo:
pero al alma inmortal, de Dios aliento,
obra de su poder y entendimiento.
si atroz irrita á su bondad suprema,
teme que no la caiga el anatema.
Tiembla, y mira á este Dios tan soberano
aquí con las balanzas en la mano.
Ya no es padre, ya es juez; ya no hay efugio
¿quién será, si pronuncia, tu refugio?
Pone la mano sobre el sepulcro.
Aquí, y no en otra parte, es donde luego
has de enterrar ese injurioso fuego;
donde tu corazon empedernido
debe estar à la muerte sometido;
y con cuyo maestre finalmente
tu peligro repases iminente.
Da algunos pasos como que se retira.
Yo me voy con Eutimio. *Vivament*
Com. ¡Ah Padre amado! Este

Este Eutimio me tiene penetrado,
Descubre sus secretos. Yo concibo
en sus pesares un tormento vivo,
Quando le veo, afligeme la pena
de no saber que objeto le condena:
aqui .. sobre mis pasos... El parece
quiere aliviar mis males. Se entristece
demasiado al mirarme, llora y gime:
¿què mal será, Dios mio, el que le oprime?
Con su mano mi fosa trabajaba,
y esta misma al instante desmayaba.
El mira... èl me conoce... ¡O Padre mio!
¡qué destino es el suyo tan sombrio!
¿Pero adonde mis làgrimas convierto?
Con viveza.
¿Ni que intereso, si Adelayda ha muerto?
Abad. ¿Y qué? ¿siempre este nombre?...
Com. ¡Ah!
Abad. Mis ojos
descubriràn de Eutimio los enojos.
El darà la razon que le ha movido
à seguir tus pisadas dolorido.
Despues te informaré. Dura es su suerte:
desde la tierna edad pasa à la muerte.
Su palidez de lágrimas bañada
va à ser à un sueño eterno destinada.
Com. ¿Muere? *Con dolor*
Abad. La muerte bien podrà llevarle.
Sobre este hoyo procura tu imitarle.
Un Christiano adornado vanamente
de un titulo orgulloso y aparente
aprende aqui á morir.
Cominge se postra á los pies del Padre Abad, que marcha.

ESCENA V.

Cominge solo viniendo delante del teatro.
Com. ¡Què desgraciado!
El cielo contra mi se ha conjurado.
Este Eutimio..Ah! desecha estos quebrantos:
¿Aun ocupan tus ojos tiernos llantos;
y al lado de un sepulcro ceniciento
abres tu corazon al sentimiento?
Ya todo lo perdì. La muerte hambrienta
con sus ojos terribles me amedrenta.
Yo ya no soy quien soy. Tu gracia pido,
¡ó Dios de amor! concèdela à un rendido.
Tu quieres que la olvide... ¡O que tormento!
que no arroque por ella ni un lamento.
Este esfuerzo supremo y soberano,
este esfuerzo, Señor, no està en mi mano,
Perdóname, Dios mio! yo te ofendo;
yo quisiera olvidarla... lo pretendo.
Va al sepulcro de Rancé le abraza con ternura, y derrama algunas làgrimas.
Dame tu corazon Rancé, querido;
tu que supiste amar, y que has sabido
domar de tus pasiones la terneza;
ayudame à vencer esta flaqueza;
Se sensible á mis gritos, ven, combate
à un tirano que adoro y que me abate.
No desprecies mis llantos... mis desvelos...
¿No amaste como yo? Yo muero... ¡O cielos!
Quedase recostado sobre el sepulcro á los pies de la cruz, y en un profundo abatimiento

ESCENA VI.

Cominge y Eutimio.
Eutimio baja la escalera por el lado derecho acia donde Cominge tiene las dos manos y la cabeza apoyada sobre el sepulcro. Està de modo que ni ve à Eutimio, ni este á Cominge. Eutimio se encamina à su sepultura, que ha de estar delante del teatro á la derecha. Este Religioso tiene siempre la cabeza cubierta con la capilla. Examina largamente su sepulcro. Gime, estiende las manos y las levanta al cielo. Deja este lugar, y ál tiempo de dar algunos pasos para retirarse, ve á Cominge. Queda turbado de manera que va á el se retira y vuelve al fin. Cominge, que todavia no le ha visto, se alza y pasa al lado izquierdo cerca de la sepultura de Eutimio. Corre este à ocupar su lugar. El ha notado que Cominge ha derramado algunas lagrimas sobre el sepulcro y queda en la misma situacion en que le ha visto. Comínge se dirige acia su sepultura, y dice:
Com. Voy à cumplir mi obligacion severa.
Toma el azadon.
¿Mas no es aqui donde la muerte espera?
¡O tierra! ¡O tierra! ¿Pero quien me grita?
¡à un sitio tal mi cuerpo se limita!
¡Mi corazon infiel y endurecido!
ha de ser à esta nada reducido!
Introduce el azadon, caba la tierra y halla alguna resistencia. En este tiempo Eutimio da algunos ósculos al sepulcro, manifestando como que quiere recoger las lágrimas que derramó Cominge.
¡O qué roca me opones inflexible!

Su-

Saca las piedras, y las pone à la Orilla
Pero pues te abres, no eres insensible.
Toma la pala, y saca la tierra echandola à uno y otro lado, y se mete dentro de la sepultura.
Aquí estaràs, Cominge desgraciado,
y aqui Dios de tu amor habrà triumfado.
Eutimio se levanta, alza los ojos al cielo, mete la mano en el pecho, y cae en la misma situacion.
¿Y en esta situacion... aun vivo?... pero...
Yo siento... que Adelayda solo quiero.
Cae en una aptitud de abatimiento por el lado del hoyo que mira el sepulcro, y por donde lo pueda ver el Expectador. Eutimio, à quien todavia no ha visto Cominge, da algunos pasos hàcia el se retira con señales de dolor; vuelve, retrocede, y pone una mano sobre el sepulcro
Perdoname, gran Dios; yo solo aspiro
à despedir el ultimo suspiro.
Esta es la vez postrera. ¡O Dios! detente,
permite que me llene ultimamente
de un objeto amoroso que al instante
voy á sacrificaros Dios, amante.
Perdóname si contra el juramento
en ese pecho pérfido alimento
este ardor... esta imágen tan querida.
Saca del pecho el retrato de Adelayda Eutimio se ha puesto à las espaldas de Cominge, y tiene una mano en los ojos en ademan de llorar
Oye á Cominge con interes.
¿Y á quien la daré yo sin dar la vida?
Mirando el retrato.
Esta es aquella imagen reverente
que quieren que yo olvide eternamente.
Borrados sus hechizos con mi llanto,
presentes á mis ojos... entretanto
á Adelayda... á Adelayda solo quiero,
Besale llorando
y á todo juramento la prefiero,
Eutimio con las manos estendidas hacia Cominge y en disposicion de gritar.
Ella de mi alma es unico alimento.
Con un grito grande.
Eut. ¡Ah Conde de Cominge!
Se retira con precipitacion. Cominge guarda con viveza el retrato en el pecho como espantado.
Com. ¡O Dios! ¡Qué acento! *Vuelve la cara.*
Eutimio...amado Eutimio, espera... aguarda.
¿Pero qué temor nuevo me acobarda?

Eutimio se retira hàcia el lado derecho de la escalera
Esta voz,. ¡ó cruel! ¿Huyes? ¿Qué es esto? *Ap*
Nada escucho... yo espiro á tus pies puesto.
Va Cominge hàcia Eutimio, y éste alarga el brazo para detenerle. Suspenso.
¿Que me detienes? Su poder me admira. *Ap.*
Eutimio ha subido algunos escalones, y deja. caer las manos sobre las rodillas como q. llora
El llora.... *Se acerca con ímpetu á Eutimio puesto sobre un escalon*
Yo sabre.. él se retira... *Eutimio se desvia, y le hace señas para que se detenga.*
Eut. Detente Conde: el cielo asi lo ordena.
Acaba de subir con trabajo, volviendo de cuando en cuando la cabeza. Cominge atonito y detenido en el escalon
Com, ¿Dios lo manda? Dios labra mi cadena.
Este crúel silencio me comprime.
Se vuelve á Eutimio, que está eu lo alto de la escalera. Eut. junta las manos, las levanta al cielo, mir à Com. da un profundo suspiro y vase.
Eutimio... amado Eutimio... él huye y gime.

ESCENA VII

Cominge solo volviendo à la Escena, y oyéndo tocar una campana.

Com. No puedo mas: la turbacion me agita
y al son de esta campana mas se irrita
vana fuê mi ilusion, pues engañado,
mi desesperacion ha redoblado.
Cuanto aqui me rodea... cuanto siento,
todo aumenta mi pena y mi tormento.
O Dios, tú me castigas... tú porfias..
yo te ofendo... ven á cortar mis dias:
ven, ven, desembaraza á un desdichado
del peso de su ser y de su estado.

ESCENA VIII

Cominge y Orviñí.

Orv. vaja con precipitacion por el lado izquierdo de la escalera, y corre ácia Cominge.
Orv. De este infeliz...
Com. Eutimio... *Con viveza.*
Orv. En este instante
ha llegado su fin.
Com. ¡Dios fulminante!

¿Que dices Orviñí?

Orv. Que vi llevarle
pálido, moribundo... y ayudarle
una voz bienechora y lastimera
à acabar esta misera carrera.

Com. Yo le pierdo... él se muere.

Orv. Yo reparo
en sus facciones un semblante raro...
que me ha turvado... es necesario verle..

Com. y en todo cuanto pueda socorrerle.
Vamos á verle. ¿ Un corazon partido
qué ha de temer si todo lo ha perdido? *Vase*

Orv. Yo sigo sus pizadas. Cielo santo,
aliviad su dolor, temblad su llanto.
Si en este muro fuerte y religioso
no hallo quietud, ¿donde estará el reposo?

fin del acto segundo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Cominge bajando la escalera con precipitacion, y Orviñí siguiéndole con la misma.

Com. No me sigas.
desde la escalera.

Orv. ¿Que? En este alvergue horrendo *bajan.*
siempre has de estar frenètico gimiendo?
¿Qué vienes ha buscar?

Com. Funestas sombras,
negros espectros funebres alfombras,
Si la tierra me abriera generosa,
otra estancia mas triste y tenebrosa,
dónde ocultára yo mi dura suerte.
buscâra alli la noche de mi muerte.
Todo; todo se obstina en perseguirme,
en doblar mi dolor, y en afligirme.
Eutimio... ¿pero sabes por ventura
qué turvacion, qué afecto, qué ternura
mueve mi corazon... mi sentimiento,
que no puedo aliviarle ni un momento?
Despues de mi Adelayda él solo ha sido
el qué mi inclinacion ha merecido:
y sin saber por qué le estimo y quiero:
pero él esquivo, rigido y severo
rebusa verme... huye se retira...
y si acaso me ve, gime y suspira.
A pesar de mis suplicas y llantos,
èl pretende ocultarme sus quebrantos.
Dicese... me horroriza esta pintura,
que va presto á ocupar su sepultura. (vi
Si él muere... ¿y bien? ¿Que me import
¿ Pero qué digo? ¿Acaso no está unida
mi suerte con la suya? No percibo
de donde viene un interes tan vivo.
¿Seria éste, Orviñí, de la desgracia
el supremo ascendiente, y la eficacia
de un alma al infortunio acostumbrado,
desear ser mas que otras desgraciada?
¿O Dios, para aumentar el sentimiento
à la necesidad une el tormento?
Eutimio... ya me busca... ya se aleja...
y siempre siempre¡ en qué afliccion me d

Orv. La misma conmocion que sientes, sie

Com. Todo esto mas se añade á mi torment
Marchitos los sentidos se enflaquece
la razon, y el vigor desaparece.
Supe apartar de un sueño los errores;
pero hoy mi alma se abre á los terrores.
Tanto el pesar oprime y desfigura
el ser de una orgullosa criatura
Quando el Sol llega al punto mas brill
la regla nos permite que un instante
halaguemos del sueño las dulzuras
mezcladas con afectos y amarguras.
Ya Morfeo mis parpados cerraba,
ya el corazon cansado se ensayaba
en suspender un rato la tortura
de su infelicidad y desventura;
cuando un sueño terrible, ¡O Dios! ¡que su
me turbó con su aspecto y con su ceño.
Soñaba yo que erraba medio muerto
por las lobregas sendas de un desierto
cuyo bosque sombrio é intrincado
estaba de sepulcro rodeado.
Del fondo de estos negros monumentos
salian à millares los lamentos,
y exhalaban por todas sus junturas
errantes sombras, pálidas figuras.
Ecos tristes y funebres acentos
ocupaban los campos y los vientos:
pero mas mi aprehension horrorizaban
los craneos que hasta el cielo se elevaban
pues parecia este lugar inmundo
cementerie comun de todo el mundo.
De la muerte los mudos alaridos
eran enfin terror de mis sentidos.

A la luz, pues, de una vela sangrienta
una infeliz muger se me presenta,
enlutada, afligida, inconsolable,
sucumbiendo á una muerte inevitable.
Me acerco á socorrerla..!O Dios!Qué es esto?
Adelayda... Adelayda... á tus pies puesto...
voy ansioso á abrazarla... y cuando creo
cumplir entre mis brazos mi deseo;
hallo, para escarmiento, entre mis brazos
de espectros y atahudes los pedazos.
Yo descubro un ropage estravagante
de un sombra ò vestigio amenazante,
en que cubierto Eutimio, se levanta,
y con su vista trèmula me espanta.
¡Qué imágen! No es la muerte tan terrible,
como su aspecto y su figura horrible,
Él estaba de llamas rodeado,
y de furias y fuego acompañado:
y en medio de aquel túmulo... *detente.*
me dice con voz ronca y balbuciente:
bastante desgraciado es mi destino.
¡Ah si ayudado del amor divino
pudiese yo espiar con esta llama
el era de tan fuego que me inflama!
mira, pues, este horrible monumento,
del Dios de las venganzas instrumento.
Gime, llora, aun es tiempo, tu delito...
Dios no despide un corazon contrito.
Tú ya ves à Adelayda. ¡O Dios! Éspera!
¡qué voz tan halagueña y lisonjera!
Voy á ella, y me veo de repente
abrasado de un fuego mas ardiente.
Ya te espero, me dice *ven conmigo...*
Yo turbado y atónito le sigo:
y apénas llego al monumento, cuando
relampagos y rayos fulminando,
hundese aquel horrendo monumento,
y todo se disipa en un momento.

ESCENA II.

Cominge, Orviñí, y cuatro Religiosos.

Estos cuatro Religiosos salen por el lado derecho de la escalera toman sucesivamente la cuerda de la campana, postrandose uno delante de otro, y diciendo:

Rel. Morir. *Con voz lúgubre y baja.*
Oyendo la campana.
Orv. O Dios, ¿qué escucho? ¡Qué sonido!
Espantado mirando á los Religiosos.
Com. Sin duda alguna Eutimio ha fenecido.
Observando lo dicho.
2. *Rel.* Morir.
3. *Rel.* Morir.
4. *Rel.* Morir.
Estos cuatro Religiosos se retiran. Es de advertir, que la campana tiene otras cuerdas hacia dentro, por donde continuan tocandola por la parte del claustro sin que se vea.
Orv. Yo estoy confuso.
Com. No dudes, Orviñí; este es el uso,
cuando fallece un Religioso nuestro.

ESCENA III.

Cominge, Orviñi y el Padre Abad seguido de dos Religiosos, de los quales el uno tiene un pañuelo en los ojos, y el otro esta como penetrado de tristeza.

A medio baxar.
Abad. Suspended y enxugad el llanto vuestro
y preparad el ataud sombrio.
Se van los Religiosos con suma tristeza.
Cominge viendo el Padre Abad corre á el con dolor olvidandose de postrarse segun el uso.
Com. Eutimio... *Con dolor.*
Abad. Va à morir... *Tiernamente*
Com. ¡O Padre mio!
Abad. Todos lloran, yo lloro... ¡O triste oficio
Pero hagamos á Dios un sacrifiicio.
La Religion que á todos nos sublima
sujeta al hombre, y al christiano anima.
Com. ¿Y sus dias?
Abad. Se acaban al momento.
Com. No puedo contener mi sentimiento.
¡Que dolor! Padre mio, yo quisiera
acabar con Eutimio mi carrera.
¡Que estado miserable el de mi suerte !
Yo pensaba llorar solo una muerte.
Perdóname, Adelayda... Si, yo ignoro *Ap.*
mi triste situacion; yo peno y lloro:
pero Eutimio... yo cedo á mi tormento...
muere... ¿y no le verè? ¡Que afliccion siento!
Al Padre Abad.
Orv. Permitirás, O padre hablar no puedo.
Abad A este lugar de horror de susto y miedo
que al pecho mas valiente atemoriza,
vendra para morir entre ceniza.
Com. Sabes si sus pesares... *Con precipitacion.*
Abad. Al instante

los va á manifestar aquí adelante:
por él lo sé; y aun por la vez postrera
quiere, obligado de la ley austera,
descubrir un secreto que ha tenido
contra el uso y las leyes escondido.
Com. Mi turvacion este secreto aumenta.
Orv. Y en mi quantas sospechas alimenta.

ESCENA. IV.

Cominge, Orviñí, el Padre Abad y Religiosos.

Dos hileras de Religiosos bajan con los brazos cruzados sobre el pecho y con un grande pesar por las dos escaleras: cada uno hace genuflección delante de la cruz, y otra delante del Padre Abad y seguidamente se ponen en su lugar à los dos lados de la Escena: Las dos colunas estan frente á frente, y el Padre Abad en medio, en uno de los dos lados estan Cominge y Orviñí oprimidos del mismo dolor y como inquietos por el secreto que ha de revelar Eutimio: continuará la campana sin confundir á los que hablan: el Padre Abad dice à los Religiosos.

Abad. Tomen lugar, y escuchen.
Los Religiosos se ponen en fila, como esta dicho, y permanecen en suma tristeza.
Ya la muerte
aquí para: y aquí va à echar la suerte
sobre uno de nosotros. Preparado
está el hermano Eutimio, y consolado:
pero para calmar sus turbaciones
vuestro socorro espera y oraciones:
pues me ha pedido con afecto tierno,
que todos imploremos al Eterno,
que este infeliz ya vencedor valiente,
lleno su corazon de un fuego ardiente,
beba el càliz amargo que le inflama,
sin horror à la muerte que le llama:
y que su alma rompiendo ya estos lazos,
vaya á dormir en los divinos brazos.
Se vuelve àcia la cruz, como tambien los demas Religiosos, y dice él solo la oracion siguiente. repitiendo los Religiosos, la última palabra.
Dios supremo, dignaos conceder
que su espíritu viva solo en vos.
El cuerpo vuelva á su primero ser,
pero su alma alabe siempre à Dios.
Los 4. Rel. A Dios.
Abad. Su alma solo á ti se vea unida,
aparta los peligros de su suerte,
y el que ha engañado al sueño de la vida,
que acierte con el paso de la muerte.
Los 4. Rel. La muerte.
Abad. Abre, Señor, tus puertas eternales.
y vea los doseles sempiternos,
milagro de tus manos inmortales.
La esperanza y la fe le den señales
de que ya estan cerrados los infiernos.
Los 4 Rel. Los infiernos.
Abad. Destroza, ò Dios, un yugo impertinente,
rompe los grillos de la humanidad.
Todo pasa á manera de torrente,
solo reposa en ti la eternidad.
Los 4. Rel. La eternidad.

ESCENA V.

Cominge, Orviñí, el Padre Abad y Religiosos.

Salen tambien cuatro nuevos Religiosos, dos de los cuales traen una especie de urna de tierra grosera y llena de ceniza con una brasa de paja. El cuarto Religioso dirá al Padre Abad con voz baja y triste.
4. *Rel.* Ya llega Eutimio.
Abad. Hermanos, empecemos,
y el féretro de Eutimio preparemos,
en el que quiere al fin de su carrera
su fosa contemplar la vez postrera.
El Padre Abad está acompañado de los cuatro Religiosos. Toma aquel con una concha, que se le ha presentado juntamente con la urna, un poco de ceniza, y la deja caer levantando los ojos al cielo, y diciendo:
Soberanos Espíritus del cielo,
que al hombre defendeis y dais consuelo;
esparcid esta pálida ceniza.
Los cuatro Religiosos forman una cruz de ceniza, y la cubren con paja. Se pondrá la ceniza delante del teatro à la izquierda, de manera que se vea, y esté distante del sepulcro de Eutimio. Las dos columnas de Religiosos pasan por delante de ella, quedando Cominge enfrente de Eutimio cuando se ponga en su lugar.
Al mas valiente espíritu horroriza,
estender un cadàver en la fosa.
Orv. ¡O espectáculo! ¡O vista lastimosa!... *Ap. A Cominge.*

Abad. Ocupa tu lugar; modera el llanto:...
Este es solo lugar de horror y espanto.
Llanto sin compuncion al cielo agravia.

Cominge con el mayor dolor toma su lugar entre los Religiosos, que será el segundo de la columna derecha. Orviñí está algunos pasos mas alto que los Religiosos, de modo que se vean los Religiosos y Cominge.

Y tù à quien una Providencia sabia. *A Orv.*
ha traido à este sitio religioso;
tù, que cercado de un mundo engañoso
en medio de los faustos de la tierra.
viste morir los Héroes en la guerra;
estos Héroes, á quienes los agravios,
el luxo y las venganzas hacen sabios;
ahora verás...

Orv. ¡O cielo soberano!

Abad. Còmo debe morir todo Christiano.

ESCENA SEXTA Y ULTIMA.

Cominge, Orviñí, el Padre Abad, Religiosos, y Eutimio sostenido de dos Religiosos, y otro mas que sigue con un crucifixo en la mano.

Ya le traen... *A Orviñí.*
Ven, ven, hermano mio, *A Eutimio.*
á merecer la gracia de un Dios pio,
y á recibir la muerte saludable,

Eutimio se avanza al teatro sostenido siempre de los dos Religiosos, y conduciendose hácia la ceniza.

Eut. Allí será mi estancia perdurable.
Dame tu brazo, ò Padre generoso.

El Padre Abad le ayuda, y le estiende sobre la ceniza. Los dos Religiosos se retiran, quedando solo el que le sostiene por detras, con el crucifixo en la mano. Eutimio dice al Padre Abad que está á su lado.

¿Estoy acaso cerca de mi foso?

Orv. ¿Este es el sueño?...
Mirándole con atencion, y aparte.

Abad. Mírale. *A Eutimio.*

Orv. Este acento::: *Aparte.*
la voz::: aquel semblante::: ¡O què tormento!

Eut. Mi valor desfallece. Padre mio.
Conforta, aníma... este pecho frio.
Mirando al sepulcro.
Miremos este objeto lastimoso...
Al Padre Abad.
Aquí aprende à morir... el orgulloso.

Es inutíl advertir que Eutimio debe tener una voz lánguida y desfallecida.

Pues me permites, Padre venerable,
que Eutimio... Eutimio, vil y despreciable
pueda, obligado de un zelo desecho
revelar los secretos de su pecho;
secretos que harán ver, bien esplicados,
à Dios, en estos sitios consagrados,
claramente à estas almas retiradas
del mundo, y de sus faustos apartadas;
verás por què camino saludable
el Padre de la luz, el mas amable,
me apartò de las sendas del pecado,
y al puerto de la paz me ha arrebatado.
Oxalà que mi boca conducida *Mirando al cielo*
por el Autor supremo de la vida,
pueda dar una prueba verdadera
de la felicidad que nos espera.
Anima, ¡ò Dios! mi voz y mi suspiro
para que en el apuro en que me miro,
pueda hacer ver al corazon humano
las gracias que nos viene de tu mano.
Sostenedme devotos solitarios.
Con varias trazas; con ardides varios
he sabido ocultar de tal manera
mi piedad, mi virtud y mi ceguera;
que digno del altar me habeis juzgado,
y del nombre tambien que me habeis dado:
pero de las maldades de mi pecho
quiero, ò Padre, que quedes satisfecho;
que la Comunidad quede advertida,
y con mi desengaño prevenida.
Mirad, pues, en Eutimio, si es posible,
una furia, una fiera, un monstruo horrible,
un corazon sujeto à los errores
à la fragilidad, á los temores;
y en fin mirad... una muger...

Com. ¿Qué es esto? *Con un grito*
una muger... aqui...

Abad. ¡En este puesto...
una muger!...

Eut. La misma, Padre amado,
que vivió para el mundo, y le ha dejado
para morir con Dios Si, Padre mio,
yo confieso mi error, mi desvario,
que soy una muger infiel, culpable.
criminal, desgraciada y miserable.
Cominge, mira, reconoce ahora
de tu destino la infeliz autora;
la que tomó por guia un amor ciego,
la que alterò tu paz y tu sosiego;

la que viene...

Al decir esto se levanta un poco mas y descubre el rostro de modo que se vean sus facciones. Cominge da un grito, y va precipitado à postrarse á los pies de Eutimio en ademan de cogerle la mano.

Com. Adelayda...

Orv. ¡O Dios!

Eut. Detente...

Deteniendo á Cominge con la mano.

Adelayda, Adelayda... esta presente.
Levántate, y escucha.

Dos Religiosos levantan á Cominge que esta en toda la escena en los brazos de dichos Religiosos Y siguiendo en oir lo que dice Eutimio manifiesta señales de grande dolor. Orviñi hará lo mismo, aunque sus sentimientos serán menos vivos que los de Cominge. Se observará que este no esté escondido sino en medio de los Religiosos y de Eutimio. El Padre Abad estará en medio del teatro.

Yo contemplo,
que doy à todos un cabal exemplo:
¡O si el cielo sagrado permitiera
que la muerte mis yerros redimiera!
¿Tú aqui tambien? *A Orviñi.*

A los Religiosos señalando á Cominge.

Mirad de un culto impío
el objeto fatal. El pecho mio
demasiado le quiso, y demasiado
Dios por el tantas veces fue ultrajado.
Ya os lo he dicho mi muerte resignada.
mi confesion humilde y lacerada
os hará ver à un Dios clemente y bueno,
lleno de santidad, y de amor lleno.

Despues de una grande pausa.

Desde la cuna al mundo dedicada
me ví de sus prestigios rodeada.
Criada en mi niñez en compañia
de un hijo de mi tio; yo veia
que todo mi cuidado era mirarle,
servirle, complacerle y adorarle.
Sin dar noticia á nadie, ya mi afecto,
dentro del corazon sintió su efecto,
pues al instante yo me vi rendida
á una propension enternecida.
Este paso primero engendrò luego
un amor, una llama, un dulce fuego,
que avivó nuestros tiernos corazones,
y el tumulto encendió de las pasiones.
Ya los dos nos amabámos de modo,
que llenas nuestras almas de amor; todo
nos ofrecia unos enlaces tiernos,
sin que nadie pudiese distraernos.
El cielo, el sol, la tierra... todo huia,
y todo à nuestra vista perecia,
pues era solo amor el que reynaba,
y el solo me queria, y yo le amaba.
En fin para cumplír nuestro deseo
el altar preparaba de himeneo:
cuando por una suerte desgraciada
me vi á otro himeneo destinada
El cielo de mi amor precipitado
parecia que estaba ya cansado:
queria castigarme, y en efecto
castigó cruelmente un dulce afecto.
Mis ojos hasta entónces encantados
quedáron torpemente deslumbrados
todo al fin se mudó: y aquellos dias,
dulces y alegres á las glorias mias,
entre nubes y sombras fenecieron,
y todo su esplendor obscurecieron.
El interes, aquel cruel tirano,
dividiò al un hermano de otro hermano
Las hachas de himeneo que alegraban
mis ojos cedusidos, ya se hallaban
dispuestas á lucir cuanto furiosas
sus voces y sus manos mas odiosas
envidiosas las hachas estinguiéron,
y sus manos al fin nos desunièron.
Si à la virtud hubiera yo escuchado,
y à los golpes continuos que me ha dado;
hubiera reprimido con su zelo
un amor combatido por el cielo.
Este era mi deber, pero atrevída;
lejos de someterme enternecida
por fomentar mi amor desfallecido
crei que todo me era permitido.
Nuestro ardor dulcemente se avivaba
con los mutuos escritos que enviaba
Cominge á mí, yo á èl, mezclando en ellos
llantos de amor, de fidelidad sellos;
y asi de nuestros padres la prudencia
burlamos con secreta inteligencia.
El padre de Cominge, resentido
de nuestro amor, en cólera encendido,
se irritó contra el hijo de manera,
que le reduxo á una prision severa.
Para romper sus grillos fue forzoso
que yo sacrificase mi reposo,
imponiêndome un yugo inaguantable,
que ocasionó mi ruina lamentable.

Bus-

Busqué, pues, para objeto de este lazo
un mísero mortal... un embarazo,
cuya odiosa eleccion asegurase
á mi amante, y à mi me atormentase.
Halléle en fin como correspondia,
suponiendo cuán mal lo pasaria;
y conducida de un furor insano,
al Conde de Ermansay le di la mano.

Com. Y este fuè el infeliz... que... *Con furor.*

Eut. Hazte violencia,
y el estrecho silencio reverencia.
Cominge, escuchame; tu aun no has oido
cuanto seduce un corazon perdido.
El amor, pues de mi se apoderaba;
y mi ardor, criminal nunca callaba,
pues me atrevia à alimentar un fuego
en lo secreto de un corazon ciego.
Al seno de mi esposo yo llevaba
un pecho que atentados halagaba,
y que eternos perjuicios producia
en el mismo calor que le nutria.
Asi agravaba yo mi amor errante,
creyendo que ya hacia lo bastante
por mi honor, por el cielo que impaciente
me acusaba este ardor continuamente:
disimulando el golpe que sentia
con el aspecto de una hipocresía.
Eterno Dios, ¿qué es la virtud humana
sin vuestra gracia? Una importuna vana.
Llevado, pues Cominge de su furia,
con una espada yere, agravia, injuria
á un esposo leal, á quien ofendo.
Yo confieso este crímen tan horrendo
y sin embargo pudo mi locura
en un dia de horror y de amargura
hacer un voto... un juramento odioso,
contra un leal, pero infeliz esposo.
Ved aqui á donde llega la insolencia
de una muger en toda su demencia.
Viendo, pues, que Cominge estaba expuesto
á morìr en un sitio tan funesto;
sin mirar á mi esposo que acababa
al rigor de una herida; yo enviaba
á mi amante entre sustos y pesares,
làgrimas y suspiros à millares.
Al hermano, por fin, de mi marido
yo descubri mi amor enardecido.

A Orviñi.

Ya le veis, éste es... éste es el mismo
que á Cominge sacò de aquel abismo,
de aquella cruel cárcel, á mi ruego,
como autor y motivo de mi fuego.
Mi esposo en fin curó de aquella herida,
y yo quede á la pena mas rendida;
pues enterado de mi amor ardiente,
vomitando furores inclemente,
en una obscura torre me pusieron,
donde mis esperanzas fenecieron
Este cruel esposo... ¿Mas que digo?
Perdónadme, Señor, vos sois testigo
de mi dolor... Ah ¡èl fuè el instrumento
de vuestro justo enojo y mi tormento
Mas lèjos yo de abrir los ojos mios
para vituperar mis descarrios;
lejos de un escozor que me excitaba;
à mi amante mis llantos enviaba
Murio Ermansay, y al ver mis nudos rotos,
Cominge se llevò todos mis votos,
El cielo entonces arrugò su ceño:
pues buscando á mi amante con empeño
entre los suyos; fueme asegurado,
que Cominge de alli se habia ausentado
Yo no podre decir quanto lloraron
mis ojos esta ausencia: ellos quedaron
en una noche lóbrega y sombria:
y no encontrando yo lo que queria:
espero algun alivio en mi tristeza
en amar à su madre con terneza.
Vino à mi... me abrazó, y con espanto
unimos los placeres con el llanto.
No es la primera vez que el Señor llama
por la voz de las penas á quien ama:
pero mi corazon empedernido
rechazó criminal este silvido;
pues cuanto mas me heria fuertemente,
tanto á Cominge amaba tiernamente.
¡O què lèjos entónces yo tenia
la razon y el honor del alma mia!
Dejè, pues, á su madre desgraciada:
y como sola estaba interesada
en todos los asuntos y secretos;
atropellando todos los respetos,
se publicó por un papel fingido,
como Adelayda habia fallecido.
Disfrazado de hombre finalmente
busque à Cominge diligentemente
No le hallé; pero si encontré un amigo
con Cominge leal y fiel conmigo.
No lejos de estos sitios el habita.
yo corro à el, mi amor se precipita.
La diestra del ezcelso, estadme atentos.
descubrio aqui à millares los portentos.
Es-

Estaba yo muy cerca de esta casa,
y un rayo celestial luego me abrasa,
me presia, me manda generoso
entrar en este templo religioso,
en donde aquella mano parecia,
que aqui visiblemente me traia.
Entre las voces que sus glorias cantan
y en angélicas alas se levantan;
oí una voz, un eco acostumbrado
á penetrar mi pecho lacerado.
Por un sueño impostor lo tuve, cuando
acèrcome... y ¡ò Dios! toda temblando,
á pesar de unos tiempos roedores,
de estas austeridades y rigores,
yo descubro... un objeto que me inflama,
un dulce seductor, en cuya llama
infiel mi corazon arde gustoso.
Doy entonces un grito victorioso
que amor dictò con mil insinuaciones,
y el tumulto avivó de las pasiones.
En este instante... (Ved aqui una seña
hasta que punto el hombre se despeña,
el hombre miserable... y en què para,
cuando Dios de los suyos le separa:)
formé el proyecto mas desesperado
de robar á este Dios enamorado
un alma que à sus soplos se encendia,
y en su amor más y mas se enardecia.
¡Flaco mortal, te atreves orgulloso
á ser rival de un Díos tan amoroso!
Yo en fin me informo y en sabor me empeño
la suerte, ó el estado de mi dueño.
¡Pero ay de mi! Quedó mi pecho helado
al ver que á Dios se habia consagrado,
el mismo dia en que este Dios piadoso
me conduxo á este puerto religioso. (na.
Com. Que golpe, ò Dios, para una edad tempra-
Con viveza.
Eut. Da gracias á la mano soberana.
Y para que escarmientes en mi suerte,
ensayate á morir sobre mi muerte.
Despues de estos tormentos y quebrantos
hallè el amable objeto de mis llantos,
vivo no para mí, para su amado.
al suave yugo de la ley atado,
y a quien un nuevo fuego consumia
muy distinto de aquel en que yo ardia.
Cominge pues mirábase rendido
à sus ojos inquietos, y perdido
por traspasar un corazon amante:
pero este corazon tierno y constante
que ellos hieren, acusa resentido
al cielo contra quien ha prorumpi do
en blasfemias. Yo entónces desde luego
todo lo abandoné, mènos el fuego
de un amor criminal, que parecia
que á las iras del cielo se oponia.
O tú, gran Dios, á quien mi voz armaba
de rayos contra mi; ¿què? ¿No bastaba
el que mi corazon ha recibido;
sino que compasivo has pretendido
reprimir un amor tan detestable
en este muro santo y respetable?
¿Quièn podrá penetrar, Dios soberano,
los designios que cierras en tu mano?
¡Qué lazos me has armado tan seguros,
para que os sirva leal entre estos muro!s
Yo infiel mil veces los abandonaba,
y otras tantas tu voz me encaminaba.
Yo alejarme de un sitio... me decia,
¡donde vive y respira el alma mia,
dònde todos mis llantos atesoro,
y dònde morirá lo que yo adoro!
No puede ser... yo vivirè contenta
á su lado: y el ayre que le alienta
tambien me alentara: y así es forsoso
renunciar este amor impetuoso,
si no puedo explicarle con ternura
que èl es mi único bien y mi dulzura;
podrà oirle à lo ménos... podré verle,
y en mi pecho amoroso recogerle.
Este discurso hacía, Padre amado,
sin reflexion un corazon culpado,
y amor... él decidió. Ah Padre mio,
en ti confia un corazon sombrio.
No me acobardes con tu ley austera.
Cominge la seguia tal cual era,
Aquel amor en fin tomó por guia
los visos de una falsa hypocresía
¿Pero quièn sino Dios ha conocido
la perfidia de un pecho endurecido?
Admitida à la prueba rigurosa
de una cadena larga y espantosa,
las manos la presento: yo veia
que Cominge tambien la conducia.
Pero ¡ó padres! ¡Qué alma tan perdida
estaba entre vosotros escondida!
Yo debo confesar mis atentados,
mis crímenes presentes y pasados.
¡Miserable! Creyòse que mi vida
al altar y al santuario estaba unida;
y un hombre... un hombre solo se llevaba
los

los inciensos que al cielo le negaba.
Este era, ò Dios, el hombre à quien servia,
y que era tu rival y te vencia.
¿Y que digo rival... si yo no hallaba
à quien amar, si que à èl solo amaba?
Los Religiosos en ademan de llorar.
¿Ya llorays, venerables Religiosos,
mis delitos imfames y horrorosos?
Pues juzgad de esta víctima culpable
y lastimad su estado miserable.
Abad. ¡O Dios, y cuanto arrastran las pasiones
à los flacos y humanos corazones!
Eut. Esclava de sus pasos, y segura
de emplear en Cominge mi ternura;
contenta con que al fin de nuestras vidas
nuestras cenizas se verian unidas:
y satisfecha en fin de que á su lado
estaria mi amor asegurado;
sin esperanza alguna de otra cosa,
me creía feliz y venturosa.
¿Què mas puede inspirar un amor santo?
En medio, pues, de mi continuo llanto.
y de una languidez que me acababa,
mis penas con teson disimulaba.
Porque perdí Cominge y de la suerte
conducida á este casa de la muerte,
à esta fosa terrible y espantosa,
tèrmino de una vida licenciosa,
insensible à mi fin; yo no sentia:
àntes bien con aliento repetía:
allí descansarê, y en adelante
jamàs adorarê mi tierno amante.
Sobre esta fosa echaba yo mis llantos,
y aquí mismo templaba mis quebrantos:
y deseosa de aliviar su pena,
para sobrellevarle la cadena,
à formar su sepulcro me aplicaba,
y del todo mis males olvidaba.
Aun hoy mismo mi mano temerosa
se ensayaba á cavar la propia fosa,
donde Cominge... ó Dios, todo fuè en vano,
pues huyo el instrumento de mi mano.
Sin duda admirarèis que la flaqueza
(con que nos distinguió naturaleza)
de una dèbil muger haya podido
domar un movimiento enternecido,
y subyugar un corazon errante,
sin darse à conocer á un dulce amante.
Pues no era la virtud, el amor era
quien rechazò esta llama placentera,
y el temor de perder aquellos dias,
que consolaban las tristezas mias.
Yo conocí que Dios, á quien venero;
por un culto devoto y verdadero
detenia à Cominge en los altares;
y que sus llantos, penas y pesares
estaban de este zelo penetrados,
y frutos prometian sazonados.
Quantas veces mis pasos, mis acentos,
mi tierno corazon, mis pensamientos
poseídos del gusto de mirarle,
han estado en peligro de explicarle
quièn era yo... mi amor... pero queria
demasiado á Cominge, y me exponia...
Enfin mi amor, ò bien la voz del cielo
á este asilo me traxo del consuelo.
Cominge aqui sus llantos derramaba
sobre su fosa; y cuando la dexaba,
yo en ella codiciosa me metia,
por recoger el agua que èl vertia.
Enternecida mi alma y mis sentidos,
no pude resistir à mis gemidos;
y saber deseando quien seria
el objeto fatal que le oprimia,
veo en sus mismas manos un retrato...
Acèrcome con el mayor recato,
y descubro á la luz de un mirar vivo
que yo soy de sus penas el motivo.
Mi alma arroja un grito, y queda muerta
Con un profundo dolor.
Com. ¿Yo estoy vivo aun? ¡O Dios!
Eut. Despierta
á vista de esta historia lastimosa.
Debaxo de una mano poderosa
aprisionada, he visto por desgracia,
perdidos los tesoros de la gracia
he visto à Dios airado y ofendido
castigar á Cominge... habiendo sido
yo soy la criminal, sola culpable
reo y cómplice infiel y detestable...
¿Mas qué digo? Yo he sido solamente
quien ha hecho á Cominge delincuente;
quien engañò su corazon sensible;
quien le ha puesto en el lance mas terrible
de perderse, y perder inadvertido
un alma... que Dios solo ha redimido.
Perdónale, Señor, èl lo merece...
yo debo padecer lo que èl padece.
A Cominge.
Yo á Dios de tu dolor compadecida
por tí le he suplicado, que mi vida
acabe de una vez. Oyò mi ruego;

y à la luz de este noble y sacro fuego,
siempre fiel y constante mi ternura
à espiar nuestras culpas te conjura.
Cominge... amante mio... ó Dios, ¡qué acento
ha dejado escapar mi sentimiento!
¡Yo irrito todavía à un Dios tan bueno,
tan lleno de bondad y de amor lleno!
No llores pues, mi fin, mi vida llora,
y olvidame, Cominge desde ahora:
llena tu corazon de un dios amante,
obedece á su voz, y en este instante
sea mi muerte el precio lisonjero
de tu arrepentimiento verdadero.
¿Me le prometes tú?

Cominge se desprende de los brazos de los Religiosos, y va á caer en tierra al lado de Adelayda, y á llorar sobre la mano que èsta le presenta, y luego la retira.

Huye, detente...
déjame... y à Dios teme solamente.
¿Pero un amor tan penetrante y fuerte *Ap.*
quien le podrá estinguir? Solo la muerte.

Al Padre Abad.

Vuestro socorro imploro, Padre amado,
y muera yo por Dios, pues le he agraviado.
Yo detesto, abomino mis maldades;
reyne Dios en mi alma eternidades.

A Orviñí.

Orviñí, compadézcame si quiera,
en esta hora tu amistad sincèra.
los efectos ya ves de las pasiones.
y que afrentosas son sus ilusiones.

A los Religiosos.

Y vosotros à quienes mis desvíos
no permiten que os llame hermanos mios;
vosotros, venerables Religiosos,
por Eutimio rogad, pedid piadosos
por quien si á la virtud no ha conocido,
respetarla à lo ménos ha sabido.

Al Padre Abad, y señalando à Cominge.

¿Podré yo prometerme que algun dia,
se unirá su ceniza con la mia?
¡O Dios, qué atrevimiento! ¡Y es posible
que en una hora tal y tan terrible,
sacrílega me ocupe un vil deseo:

Al Crucifixo.

Ya veo tu razon... mi maldad veo...
Baxa á mi corazon... ven, ven, Dios mio.
ven baxa à fomentar mi pecho frio...

El Religioso le da el Crusifixo.

deshaz esta pasion... dámele... el llanto

Besa el crucifixo.

borre mi descarrío y mi quebranto.
O Padre, ven,... Cominge... Dios... yo mue

Cominge da un grito de dolor arrojandose sobre el cuerpo de Adelayda.

Com. Ya espiró. *Con el mas vivo dolo*
Orv. ¡Ah Conde! *Tendo á Cominge*
Com. ¡O amigo verdadero! *Cesa la campa*
Abad. ¡O Cominge infeliz! ò Arsenio amado..
Retirad por piedad à un desgraciado.

Algunos Religiosos cercan à Cominge para separarle de Adelayda y en ademan de llevàrsele.

La Religion inmaculada y santa,
que al bueno anima, y al perverso espanta,
es consolar al triste y afligido,
levantar compasivos al caído
aliviar, socorrer al miserable,
compadecer al flaco y al culpable;
(exemplar deplorable y lastimoso) (do
¿Porque al fin què es el hombre, ó Dios pi
sino un caos de horror y confusiones,
entregado al furor de sus pasiones?

Fin del Drama.

Nota: *En la misma Librería de Estivill, y en la de los señores Domingo Monpié en Valencia, se hallará de venta la segunda parte de esta Comedia titulada:* Cominge perseguido; *y la primera titulada:* Los amores del Conde de Cominge, *saldrá cuanto ántes por estar ya en prensa.*

Véndese tambien la carta que escribió el dicho Conde de Cominge á su madre, en verso, espresandole los infortunios de su vida, adornada con las correspondientes notas al fin de ella.